

EL COLEGIO DE MÉXICO A.C.
CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y
DE DESARROLLO URBANO

Envejecimiento en México.
Condición social y participación económica
de la población con 65 años y más en la ciudad de México.

Tesis de Maestría en Demografía

presentada por

Lic. Verónica Z. Montes de Oca Zavala

dirigida por

Dra. Orlandina de Oliveira

México, D.F., marzo de 1995.

***A mi madre,
una mujer sin
descanso.***

***A José,
por su estímulo
siempre tierno y crítico.***

***A Emilia y Octavio,
partecillas fundamentales.***

A mis hermanos.

***A Doña Fanny, Doña Leonor,
Doña Guille, Don Ponciano,
Don Aurelio, Doña Zenaida,
quienes han obsequiado vida
y experiencia con el paso de
los años, muchas gracias.***

INDICE TEMÁTICO

AGRADECIMIENTOS	4
I. INTRODUCCIÓN	5
II. ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y DESARROLLO ECONÓMICO	11
<i>II.1 Conceptos básicos</i>	12
<i>II.2 Tendencias del envejecimiento en el mundo</i>	16
<i>II.3 Envejecimiento y desarrollo</i>	26
III. EL ESTADO DEL ARTE SOBRE LA PARTICIPACIÓN ECONÓMICA EN EDADES AVANZADAS	30
<i>III.1 Evidencia internacional</i>	31
<i>III.2 La investigación sobre la participación económica de la población en México</i>	36
IV. MÉXICO, CAMBIO ECONÓMICO Y ENVEJECIMIENTO	43
<i>IV.1 Cambio social y tendencias demográficas: envejecimiento en México</i>	43
<i>IV.2 Recientes transformaciones económicas en el país</i>	56
<i>IV.3 La ciudad de México: población y economía</i>	59
V. LA CONDICIÓN SOCIAL DE LOS ANCIANOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO ..	63
VI. PARTICIPACIÓN ECONÓMICA E INSERCIÓN OCUPACIONAL DE LA POBLACIÓN ENVEJECIDA EN LA CIUDAD DE MÉXICO	72
<i>VI.1 Antecedentes de la participación económica de la pob. envejecida</i> .	73
<i>VI.2 Participación económica en los noventa</i>	77
<i>VI.3 Inserción ocupacional de la población envejecida en el AMCM</i>	89
VII. SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN ANCIANA ECONOMICAMENTE INACTIVA DE LA CIUDAD DE MÉXICO	98
VIII. CONCLUSIONES	102
IX. ÍNDICE DE CUADROS	106
X. BIBLIOGRAFÍA CITADA	108

A G R A D E C I M I E N T O S

Quiero reiterar mi gratitud a todos aquellos que me ayudaron y estimularon durante la realización de este trabajo. A Adriana López, Alfonso Mejía, Orlandina de Oliveira, Brígida García, Rodolfo Tuirán, Manuel Ordorica, Vania Salles, Edith Pacheco y Martha Elva Gómez, quienes en distintas formas ayudaron y motivaron para hacer esta tesis. En la última etapa a Francisco Montes de Oca, hermano y amigo. Muy respetuosa, especial y cariñosamente a Orlandina de Oliveira por sus acertados comentarios y sugerencias en la dirección de ésta tesis. Lana gracias por tus consejos siempre llenos de profesionalismo, sencillez y sensibilidad, por tu paciencia y amistad. Al Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, por su apoyo material. Al Colegio de México, por su confianza y apoyo durante toda la realización de este trabajo.

I. INTRODUCCION

El envejecimiento de la población es un proceso demográfico de tipo irreversible. El descenso histórico de la mortalidad y la fecundidad en muchos países ha generado que a largo o a corto plazo las sociedades humanas envejezcan. Este proceso demográfico paulatinamente esta transformando y reorganizando a la sociedad a partir de cambios en la familia, el mercado de trabajo, la atención a la salud, entre otros. Sin embargo, dichas transformaciones muchas veces pasan inadvertidas ante la complejidad y cantidad de otros fenómenos sociales. De ahí que la importancia del proceso de envejecimiento radique no sólo en las nuevas necesidades que tiene la creciente población anciana sino en el impacto que éste proceso en conjunto tendrá sobre el resto de la población y sociedad.

En muchos lugares del mundo se ha estudiado cómo éste proceso transforma todo el espectro social, es decir, tanto las organizaciones sociales, como la función de los gobiernos y el papel de los miembros de la sociedad (Furuya, 1981; Karp y Yoels, 1985; Feldman, 1987; Chen y Gavin, 1990; Chun, 1990; Coward, 1991; Ogawa, 1989 y 1990; Uhlenberg, 1989). Es por ello que el estudio de la población anciana en México, así como en otros países en desarrollo cobra relevancia en todos los aspectos relacionados con su sociedad y población en general.

En nuestro país el estudio de ésta población ha sido poco sistemático, en plena década de los noventa se desconocen gran cantidad de aspectos relacionados con la población envejecida, aún cuando las proyecciones demográficas advierten un grave incremento de ésta ya comenzado el siglo XXI. Por ello, el presente documento busca introducir al lector en el estudio de la población envejecida en México entendida en este documento, y sólo para fines analíticos, como aquella que tiene 65 años y más. El objetivo principal es conocer la condición social de la población envejecida en la ciudad de México, así como su participación económica en el mercado de trabajo de dicha zona urbana. En estos aspectos decidimos que era importante conocer algunos de los impactos de la reestructuración económica en la década de los noventa, con especial énfasis en la situación de la población con 65 años y más de la zona urbana.

A este pequeño grupo de la población, por lo general, se le considera "inactivo" y poco importante numéricamente, de ahí puede desprenderse el que se desconozcan sus características sociodemográficas y participación en la economía del país. No obstante, la realidad nos muestra una pequeña pero existente contribución a la economía familiar y social. Este grupo de población, además de hacer frente a la difícil situación socioeconómica que le tocó vivir en las recientes décadas, también experimenta transformaciones familiares, generadas por el alargamiento de sus roles como miembros de un hogar, e individuales de tipo metabólico, físico, mental, ideológico, sexual y emocional.

Por ello, el documento parte de las siguientes consideraciones: por un lado, el grupo con 65 años y más, nació a principios del presente siglo y fue población adolescente cuando las instituciones educativas y laborales se conformaban en México, por lo que podríamos esperar una menor escolaridad lo que supondría una situación social en desventaja, en comparación con grupos de edad más jóvenes. Por el otro, existe una fuerte diferenciación entre géneros en cuanto a las oportunidades sociales que tuvieron hombres y mujeres, de lo que podría suponerse que la situación de las mujeres dentro de la misma población anciana es aún más vulnerable. Además se podría pensar que esta población conforme envejece abandona su actividad económica, sin embargo, el actual sistema de pensiones, la creciente pérdida del poder adquisitivo, entre otros factores, permite suponer la existencia de significativas muestras de participación en la economía del área metropolitana de la ciudad de México (AMCM). En general, la diferenciación por género y nivel educativo pareciera son algunas condicionantes de la actividad que tienen un efecto más marcado en edades avanzadas.

Se escogió a la ciudad de México¹ por ser el área urbana más poblada de la República y la que reporta, desde 1970, un crecimiento relativo y absoluto de la población envejecida. Además la ciudad de México junto con el conjunto de las zonas

¹ El estudio de la ciudad de México para algunos autores ha estado referida únicamente al Distrito Federal, pero para otros ha sido del D.F. y algunos municipios del Estado de México. En el presente documento, nos estamos refiriendo a la ciudad de México como el conjunto del D.F. y la zona conurbada. No obstante, la información del XI Censo trabajada en los aspectos demográficos, sólo se remite al D.F..

urbanas del país concentran un mayoritario porcentaje de población envejecida. Adicionalmente el mercado de trabajo de la Ciudad de México es diversificado de lo cual es posible esperar una mayor incorporación de ésta población en la economía local.

Seleccionamos la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU) que es una encuesta continua por muestreo que existe desde 1982. Escogimos la encuesta de 1992 por ser la más reciente, con mayor muestra y la que permitirá conocer las características personales y la participación económica de la población anciana como respuesta a la coyuntura económica. En general, la encuesta de 1992 permitirá conocer algunos comportamientos de esta población como respuesta a una situación económica que tiene efectos especiales y diferenciales sobre las cohortes mayores.

Además al no existir --hasta el momento-- una fuente de información exclusiva sobre ancianos² en México, los datos que ofrece la ENEU para 1992, son características sociodemográficas y de ocupación de todas las personas que integran los hogares encuestados, entre la que se encuentra nuestra población en estudio. La encuesta capta tanto a población ocupada como desempleada y subempleada, así como aquellos fuera de la actividad económica (jubilados y trabajadoras domésticas

² Hay que resaltar que la mayoría de las encuestas no están diseñadas específicamente para este segmento de la población. Existe información que no ha sido explotada para este objetivo. Sin embargo, otras encuestas realizadas en el nivel local, regional y nacional, podrían ser trabajadas enfocando el tema del envejecimiento (ENMAU, ENS, ENFES, entre otros).

envejecidas³).

Con base en lo anterior, se introduce al lector en la temática del envejecimiento de las poblaciones y la discusión en torno a éste fenómeno y el desarrollo económico. Segundo, incorporar los resultados obtenidos en la investigación sobre participación económica de la población anciana. Tercero, contextualizar el escenario socio-económico y demográfico del país y en especial del área metropolitana de la Ciudad de México para ubicar la condición social de este segmento de la población, vista a través del análisis de cohortes. Como condición social entendemos las características sociodemográficas que proporcionan cualidades sociales específicas para hacer frente a situaciones socioeconómicas en contextos determinados. Cuarto, analizar al mercado de trabajo urbano y la condición de actividad de la población anciana, según los datos de la ENEU para el año en la ciudad de México. Quinto, obtener y analizar tasas de participación económica de la población del AMCM, diferenciada por género, grupos de edad, estado civil, relación de parentesco y nivel educativo enfatizando el papel de la población con 65 años y más⁴ para el año señalado. Sexto, comparar las

³ Para rescatar esta información se realizan, con periodicidad trimestral, cinco visitas a los hogares de las viviendas seleccionadas, aplicando dos instrumentos: la "tarjeta de registro de hogares" (TRH), donde se captan características sociales y demográficas de todos los residentes habituales; y el "cuestionario básico", donde se anotan los datos relativos a la ocupación de cada persona con 12 años o más de edad (Corona, Rodolfo, 1991, mimeo).

⁴ Cabe señalar que la ENEU al ser una muestra de toda la población del AMCM no permite desagregar al grupo de 65 años y más, el número de casos no lo permite. Sin embargo, esto no impide reconocer la importancia de analizar a profundidad a este grupo demográfico.

distribuciones porcentuales de ésta población en la rama de actividad, ocupación, posición en el trabajo, e ingreso, por sexo y grupos de edad. Por último, examinamos los datos sobre población económicamente inactiva resaltando el mecanismo por el cual obtiene ingresos, la causa y motivo por la cual dejó de trabajar.

II. ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y DESARROLLO ECONÓMICO

Este capítulo busca introducir brevemente al lector en los conceptos básicos, orígenes y consecuencias del envejecimiento, así como asociar este proceso con el desarrollo económico de las poblaciones. El objetivo de presentar estos aspectos radica en motivar la reflexión sobre la relación existente entre el desarrollo económico de los países y el progresivo envejecimiento de las poblaciones. Existen varias posturas al respecto. Pero lo que parece quedar claro es que, paradójicamente, mientras más desarrollo económico exista en un país su población tenderá a envejecer más, como consecuencia de un proceso histórico complejo que, por un lado, hizo descender la mortalidad infantil y general lo que alargó el tiempo de vida promedio de los individuos, y por otro, redujo la fecundidad y natalidad lo que hizo disminuir el monto de las generaciones entrantes. Éste envejecimiento a su vez repercute sobre el mismo proceso de crecimiento económico de dicho país, sobretodo porque reduce la proporción de población en edad de trabajar y se incrementan los gastos en salud, pensiones y otros servicios destinados a la población envejecida. De ahí que se hagan evidentes varias problemáticas por demás interesantes relacionadas sustancialmente con la reproducción social de la fuerza de trabajo, la producción y en sentido directo con el desarrollo económico, nos referimos a la transformación del mercado de trabajo, de los sistemas productivos y de los sistemas de seguridad social.

II.1 Conceptos básicos

Analíticamente hablando, el hecho de envejecer es un proceso individual, y a pesar de que ha sido una preocupación que data de algunos siglos todavía las concepciones para definir al viejo están recientemente en discusión (Naciones Unidas, 1982; Ortiz Pedraza, 1992; Khasiani, 1994). Destacan cuatro corrientes que pueden orientarnos para definir el proceso de envejecimiento, a partir del significado del ser anciano: la cronológica, físico-biológica, psicoafectiva y social (Mishara y Riedel, 1986).

La cronológica, es una orientación que por simple ha dominado el pensamiento sobre la vejez. Sin embargo, es sabido que con la edad cumplida dentro del rango de la vejez, algunos individuos, no son viejos, no se sienten y no presentan limitaciones que otros de su misma edad sí están experimentando, o que otros más jóvenes que ellos ya presentaron. Esto ha demostrado que el proceso de envejecer es fundamentalmente individual, grupal, social y poblacional. Es decir, desde los primeros estudios sobre envejecimiento se evidenció que el ser viejo no depende exclusivamente de la edad del sujeto, sino también de su estado de salud, de su raza, así como de la manera de comprender esta nueva etapa de la vida. Estas condicionantes a su vez están determinadas por la situación socioeconómica, la instrucción y el grupo étnico, de tal manera que sigue aumentando el consenso crítico a la postura cronológica. Sin embargo, es una perspectiva que ha tomado gran fuerza porque es fácilmente operacionalizable en la investigación de la población en general.

Otra visión que busca determinar la edad a partir del proceso biológico que experimenta el cuerpo humano durante la vida, apunta que las personas sino sufren un traumatismo excepcional (accidente u otro), con frecuencia experimentan los cambios fisiológicos de manera muy gradual y, son sólo perceptibles cuando limitan las actividades de la vida cotidiana (bañarse, comer solo, ir al baño, dormir solo, salir a la calle, entre otros). Este proceso la mayoría de las veces no es registrado por la población y parece difícil definir el momento en el que comienza el deterioro. Para la población cuya condición física es muy importante, como los atletas y las (os) modelos, el cambio físico se percibe con mayor facilidad en comparación con las demás profesiones cuyas actividades no estan enfocadas en el estado físico. Además, los cambios fisiológicos no siempre son del todo desagradables, aunque es posible que se experimente una perdida de fuerza, disminución de la coordinación y del dominio del cuerpo, también disminuyen las alergias, los resfriados y dolores crónicos de cabeza. En suma, el envejecimiento como proceso físico-biológico también se ve condicionado por situaciones sociales y económicas, y en general se concluye que éste proceso es más complejo que las visiones cronológicas o fisiológicas.

La perspectiva psicoafectiva subraya que devienen cambios psicológicos y emocionales en la población en edad avanzada, pero que en gran medida son resultado de la dinámica de los tiempos recientes, el avance en la tecnología aplicada a la vida cotidiana hacen del cambio un modo de vida en sí mismo. La entrada a la modernidad, que han experimentado las generaciones ahora ancianas, se traduce en cambios en

transportes, electrónica, etc.. que han tenido efectos deprimentes en la población en edad avanzada, sobretodo porque muchos de ellos estan destinados a población joven con cierto nivel de instrucción lo que les facilita su adaptación a los cambios de la vida cotidiana. Situación que en muchos casos pone en desventaja a las generaciones mayores cuya experiencia en la vida más que instrucción no facilita una rápida asilimación de los cambios tecnológicos y en muchos casos si produce cierta marginación. Además como ha mencionado Neugarten, el hombre reorganiza su vida en función del tiempo que le falta por vivir, más que por el tiempo transcurrido desde su nacimiento.

La edad social, también es una visión que puede auxiliarnos en la búsqueda del significado de ser viejo. Socialmente los individuos tienen determinados roles que desempeñar ante la comunidad y estos no necesariamente coinciden con la edad cronológica, psicoafectiva o biológica. De tal manera que aún una persona jubilada, socialmente en proceso de envejecimiento, puede seguir desempeñando ciertos roles sociales como ser padre de hijos dependientes, jefe de familia, o aún ser jubilada y realizar importantes actividades económicas. Pero también puede suceder que circunstancias sociales y personales adelanten el proceso de vejez, como puede ser por el deterioro físico y mental generado por la guerra, o inicien situaciones de dependencia que desde el punto de vista social tenga semejanza con el proceso vivido por la población envejecida, como la perdida del poder adquisitivo, viudez, perdida de la actividad laboral, enfermedad, entre otros.

Estas cuatro orientaciones sobre el hecho de envejecer se han puesto en la mesa de discusión⁵. No obstante, la perspectiva dominante es la cronológica dentro de los estudios sociodemográficos, perspectiva que define el proceso de envejecimiento de la población en general. De ahí que se interprete al envejecimiento demográfico como al incremento en el número y porcentaje de población con 60 ó 65 años y más. Este crecimiento se debe al descenso histórico de la mortalidad y de la fecundidad que incrementa la probabilidad de sobrevivencia a edades mayores, aumenta la esperanza de vida al nacimiento y en edades adultas, y disminuye la descendencia de jóvenes y niños, lo que hace que la pirámide poblacional se ensanche en la cúspide y disminuya en la base. El envejecimiento de la población también puede deberse a diversos tipos de flujos migratorios, que ocasionan en algunas zonas un alto porcentaje de población anciana (Chesnais, 1990; Recchini de Lattes, 1988). Además se ha mencionado que por el diferencial en las probabilidades de sobrevivencia y en la esperanza de vida de ambos sexos, el fenómeno del envejecimiento demográfico es una manifestación que afecta fundamentalmente a la población femenina. La prueba estadística al respecto a nivel mundial es que en el rango de edades envejecidas, el índice de masculinidad reporta un número inferior al ciento de varones por cada cien mujeres⁶.

⁵ La discusión se ha planteado incluso en el plano teórico. Actualmente existen gran cantidad de perspectivas teóricas que se basan en diferentes definiciones de ser anciano. Para mayores detalles véase (Busse, 1969; Bengtson, 1973; Kohli, Rosenow y Wolf, 1982; Kohli, 1988; Bazo, 1990; Ortiz Pedraza, 1992).

⁶ Tres razones se han señalado al respecto: primero, es que en la sociedad envejecida la mayoría de la población vieja son mujeres; segundo, ellas proveen la

II. 2 Tendencias del envejecimiento en el mundo

El proceso de envejecimiento de la población tuvo su origen en una serie de cambios demográficos que se iniciaron en el siglo XIX, primero en Francia y después en otros países europeos, que evidenciaron su efecto de forma marcada durante este siglo (Chesnais, 1990). De tal manera que desde 1850, Francia había sido el país más envejecido del mundo, seguido a principios del siglo XX por Suecia (Chesnais, 1990; Martinelle, 1992). Según la experiencia histórica de los países más envejecidos, las últimas etapas de lo denominado como "transición demográfica"⁷ parece ser el antecedente obligado para obtener una estructura por edad envejecida (Chesnais, 1990).

Sin embargo, a la vez que un antecedente obligado son las etapas avanzadas de la transición demográfica, es notable también la influencia de ciertos niveles de modernización en aquellos países. Las discusiones sobre la teoría de la transición no han privilegiado al desarrollo por sobre las transformaciones demográficas o la fórmula contraria, pero si se puede afirmar que el envejecimiento sólo es posible cuando una

mayoría del cuidado a la población anciana incapacitada; tercero, ellas enfrentan las desventajas económicas de las generaciones en edad avanzada (Allen, 1993).

⁷ La teoría de la transición demográfica supone el paso de la población por tres etapas: la primera, experimenta una alta natalidad y mortalidad; durante la segunda, las tasas de mortalidad comienzan a descender antes que la tasa de fecundidad lo que genera un sustancial crecimiento de la población, aunque posteriormente cae la fecundidad hasta alcanzar el nivel de la mortalidad; la tercer etapa, se caracteriza por mantener un descenso de las tasas de mortalidad y fecundidad (Cowgill, 1962; citado en Wortham, 1993).

población experimenta un control demográfico y un cierto desarrollo económico⁸. Este envejecimiento se piensa está determinado por el comportamiento de la fecundidad, mortalidad y migración, mismos que adquieren ciertas características bajo condiciones posibles con cierto desarrollo de los países. Como se ha mencionado la modernización permitió en algunos casos el control sobre los nacimientos, la muerte y la enfermedad que con el tiempo transformó la composición y estructura de las poblaciones.

A través del esquema de la transición demográfica se puede caracterizar el proceso de envejecimiento de la siguiente manera:

- ▶ i) En una primera etapa el crecimiento demográfico se caracteriza por una alta fecundidad, a la vez que por una alta mortalidad, sobretodo infantil;
- ▶ ii) Una segunda etapa hay un relativo incremento de las tasas de natalidad y un descenso gradual de las tasas de mortalidad;
- ▶ iii) En una tercera fase propiamente transicional hay una reducción de la fecundidad provocada por una fuerte presión poblacional y económica que genera variados cambios sociales;
- ▶ iv) En la cuarta etapa se reportan bajas tasas de natalidad y mortalidad, como consecuencia de los avances médicos, de higiene en las enfermedades transmisibles y de tecnología que redujo la probabilidad de muerte por enfermedades degenerativas, lo que favoreció a su vez la sobrevivencia en edades avanzadas y con ello el incremento en la esperanza de vida local (e^0);

⁸ Existe mucho debate al respecto, si la modernización antecedió al descenso de las tasas de fecundidad y mortalidad o viceversa. Las investigaciones empíricas al respecto han validado ambas posiciones. Chesnais concluye que depende de las etapas de esta denominada "transición demográfica" que encontramos positivas o negativas las correlaciones, además de que existen condiciones institucionales que en cada caso pueden plantear mecanismos para coordinar ambas variables (Chesnais, 1985).

- ▶ **v) Finalmente, se presenta un aumento en el índice de dependencia (la proporción de menores de 15 y mayores de 65 respecto de la población entre 15 y 64 años⁹). Incluso se espera que las próximas generaciones sean más reducidas o similares lo que aumenta la proporción de población vieja con respecto a la joven.**

En síntesis, todo envejecimiento de la base de la pirámide se debe a la baja de la fecundidad, mientras el envejecimiento de la cúspide es producto de los avances médicos sobre la mortalidad. El conjunto de todos estos elementos hace que la pirámide etaria sufra una inversión, logrando en breves plazos que se ensanche la cúspide de la misma, donde encontramos ubicados a los grupos en edades adultas hasta las envejecidas. Suecia, es el ejemplo más patente de esta inversión piramidal pues para 1990 tenía un 22% de población con 60 años y más (1.9 millones), mientras Corea del Sur sólo el 4% y Kenya apenas el 2%. México y Brasil son los dos países latinoamericanos que más se acercarán a la experiencia del país asiático, mientras los casos conocidos de Uruguay, Argentina y Cuba serían ejemplos en América Latina del proceso europeo (Naciones Unidas, 1986; Schkolnik, 1989) (Véase Gráfica 1).

A todo ello hay que agregar un proceso migratorio muy complejo que se dió a

⁹ La razón de dependencia también puede ser calculada para otros grupos de edades. Este indicador alerta sobre dos supuestos que debemos repensar: 1) que se considera con éste que la población abajo de los 15 y arriba de los 65 depende en absoluto de las generaciones llamadas productivas, y 2) que bajo esa lógica los mayores de 65 años son en general población pasiva e inactiva, mismos que dependen en absoluto de las instituciones sociales o el mismo gobierno.

partir de la industrialización de Occidente. Son conocidos los grandes flujos migratorios campo-ciudad que alentaron el crecimiento de los núcleos urbanos en casi todo el mundo. Tales movimientos poblacionales significaron el traslado de gente joven con capacidad laboral hacia núcleos urbanos e industriales, dichos movimientos se pudieron originar por la búsqueda de empleo que una vez satisfecho obligó la estancia y residencia de esa población en aquellas zonas. Es de suponer que tal residencia fue permanente hasta por lo menos concluir la etapa de vida activa. Por lo cual la concentración de población, antaño joven contribuyó al envejecimiento de las algunas zonas urbanas (Recchini de Lattes, 1988).

Al examinar las tendencias mundiales de la población se observa un incremento de los niños (0 a 14 años de edad) hasta 1970, cuando este grupo alcanzó su máximo de 37.5 %. A partir de entonces, su importancia relativa comenzó a disminuir lo que favoreció a los grupos en edades adultas y avanzadas. Los menores de 15 años se reducen al 32.3 % en 1990, los de 15 a 59 años pasan de 54.2 % en 1970 a 58.4 % en 1990 y las personas con 60 años y más aumentan de 8.3 % en 1970 a 9.2 % en 1990. En términos absolutos, los mayores de 60 años en el mundo alcanzaron 489 millones en 1990.

El envejecimiento de la población conduce normalmente a una disminución del índice de masculinidad, debido a la sobremortalidad masculina y la mayor esperanza de vida femenina. En el nivel mundial, entre los mayores de 60 años existen 86.6

hombres por cada cien mujeres.

Debido a la diferencia en el volumen de población total, desde 1950 los países en desarrollo han manifestado un mayor volumen de población envejecida: 106 millones en éstos y 94 millones en los países desarrollados, 159 millones y 148, respectivamente en 1970. Veinte años después, la tendencia es de 282 millones en los países en desarrollo y 206 millones en los desarrollados (United Nations, 1993).

En las próximas décadas el proceso de envejecimiento aumentará, según lo muestran las proyecciones de Naciones Unidas (1993). De este modo, los mayores de 60 años en el mundo ascenderán a 762.7 millones en el año 2010 y a 1,197.8 millones en el 2025. En términos relativos, la proporción de población con 60 años o más se incrementará de 9.2% en 1990, a 9.8% en 2000 y a 14% en el año 2025.

De acuerdo con la información regional, de 1950 a 1990, la mayor cantidad de población con 60 años y más se concentraba en Asia Oriental y Meridional. De hecho hoy en día, prácticamente la mitad de la población del mundo en la tercera edad se encuentra en Asia, seguida de Europa y América del Norte. Por el contrario, Latinoamérica y África tienen una población relativamente joven y un menor volumen de ancianos, pero su crecimiento a futuro advierte algunas problemáticas sociales.

De todas las regiones del mundo solamente África no presentó aumento en la

proporción de su población con 60 años y más. En tanto que Europa y América del Norte, en el periodo de 1950 a 1990, experimentaron un intenso proceso de envejecimiento, al pasar de 12 a 18%. Latinoamérica y Asia iniciaron en la segunda mitad del siglo su proceso de envejecimiento con cerca del 5 y 8% en 1990. Cabe resaltar que casi todas las regiones del mundo triplicaron en términos absolutos su población envejecida, a excepción de Europa y América del Norte que la duplicaron.

La esperanza de vida al nacimiento difería con 25 años en 1950 entre los países en desarrollo y los desarrollados: 41.1 años contra 65.8 años, respectivamente. Hacia 1970, la diferencia se redujo a 17 años: 53.95 años contra 70.80 años, y en 1990 a 14 años: 62.35 años contra 74.5 años, respectivamente (United Nations, 1993).

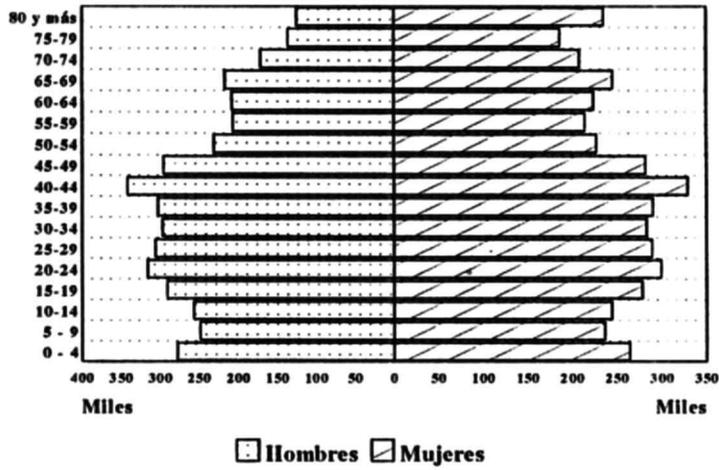
Por otra parte, en los países desarrollados habita el 23% de la población mundial, pero reside el 42 % de la población mundial mayor de 60 años, lo que refleja una desproporción en la distribución de la población total como por grandes grupos de edad. Situación que tiene un fuerte impacto en el desarrollo de aquellas sociedades, ya que existen limitaciones en el monto de mano de obra disponible, factor que debilita las economías locales y en ese sentido la satisfacción de la demanda social (Richter, 1992) (Véase Gráfica 2).

Según proyecciones de Naciones Unidas para el 2025, los países con mayor población envejecida serán: China, la India, los países de la ex-URSS, EUA, Japón,

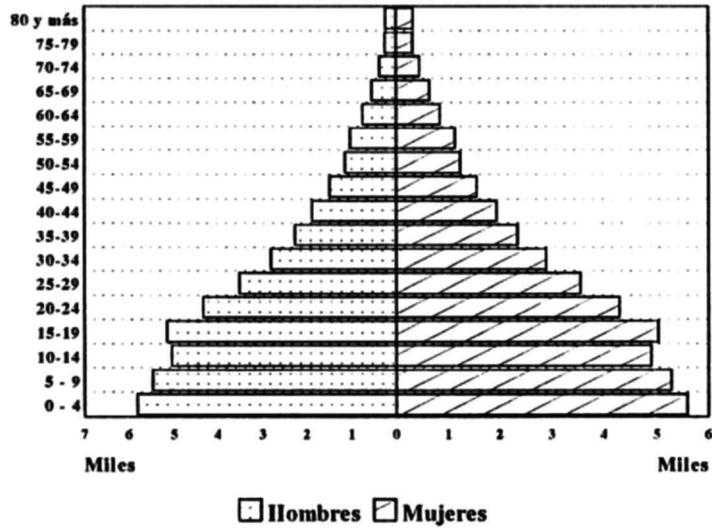
Brasil, Indonesia, Pakistán y México (United Nations, 1985; Chesnais, 1990). Todo lo anterior nos advierte, que si bien mientras al inicio del siglo se podía hablar de una población envejecida en los países desarrollados, las proyecciones apuntan que la estructura por edad antes joven de los países en desarrollo tiene una tendencia hacia el envejecimiento. Los números absolutos muestran que Asia oriental y meridional continúan una brusca tendencia al envejecimiento y Europa esta en el mismo caso (Véase el Cuadro 1). En un periodo de 35 años, África y América Latina (1990-2025) triplicarán su población anciana, de 20 millones en cada caso a 60 en el 2025. No esta de más recordar las condiciones de extrema pobreza imperantes en estas regiones. Con lo cual se infiere que las consecuencias en el desarrollo económico y social de esas regiones es sustancialmente diferente de la experiencia histórica de regiones como Europa o América del Norte.

En Latinoamérica, los países como Brasil, Colombia, Costa Rica, México, Panamá, República Dominicana y Venezuela tendrán un aumento suave pero sostenido de su población envejecida, que tomará impulso en forma marcada ya comenzado el año 2000. En números absolutos para el 2025 la mayoría de la población con 60 años y más se encontrarán ubicadas en Brasil (33.8 millones), México (18.7 millones), Argentina (7.1 millones), Colombia (6.6 millones) y Paraguay (4.6 millones). En conjunto, para el 2025, América Latina tendrá 93 millones de personas con 60 años y más de edad (Schkolnik, 1989).

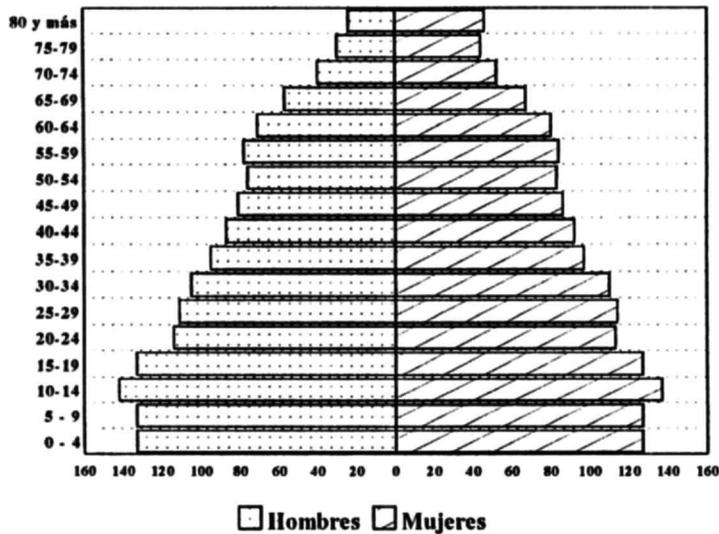
Gráfica 1
Piramide de población, 1990
Suecia



México



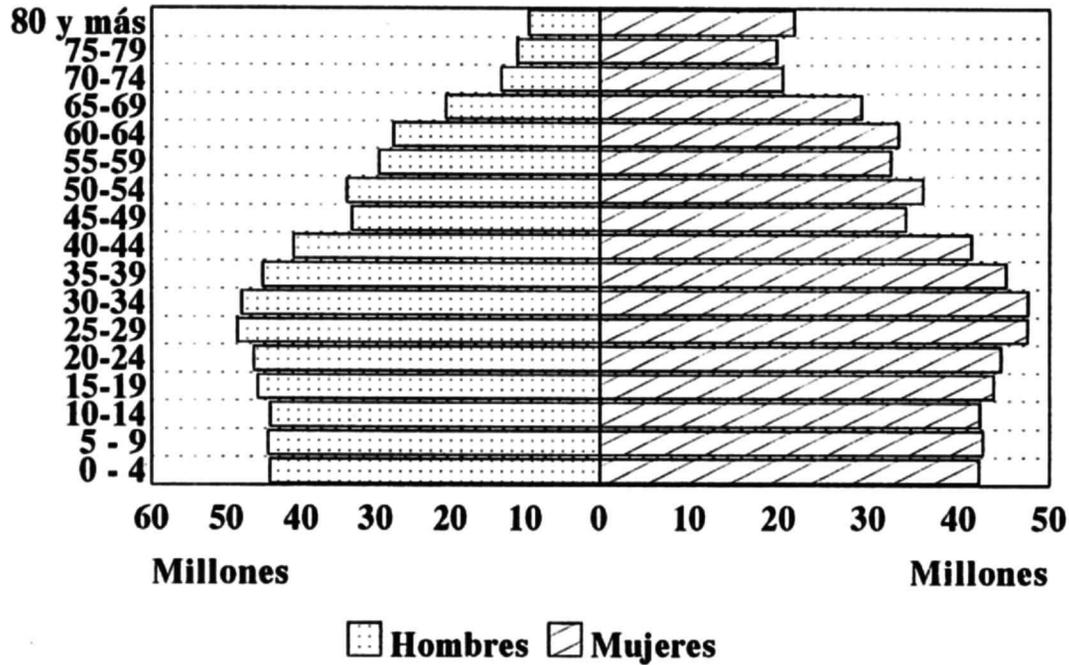
Uruguay



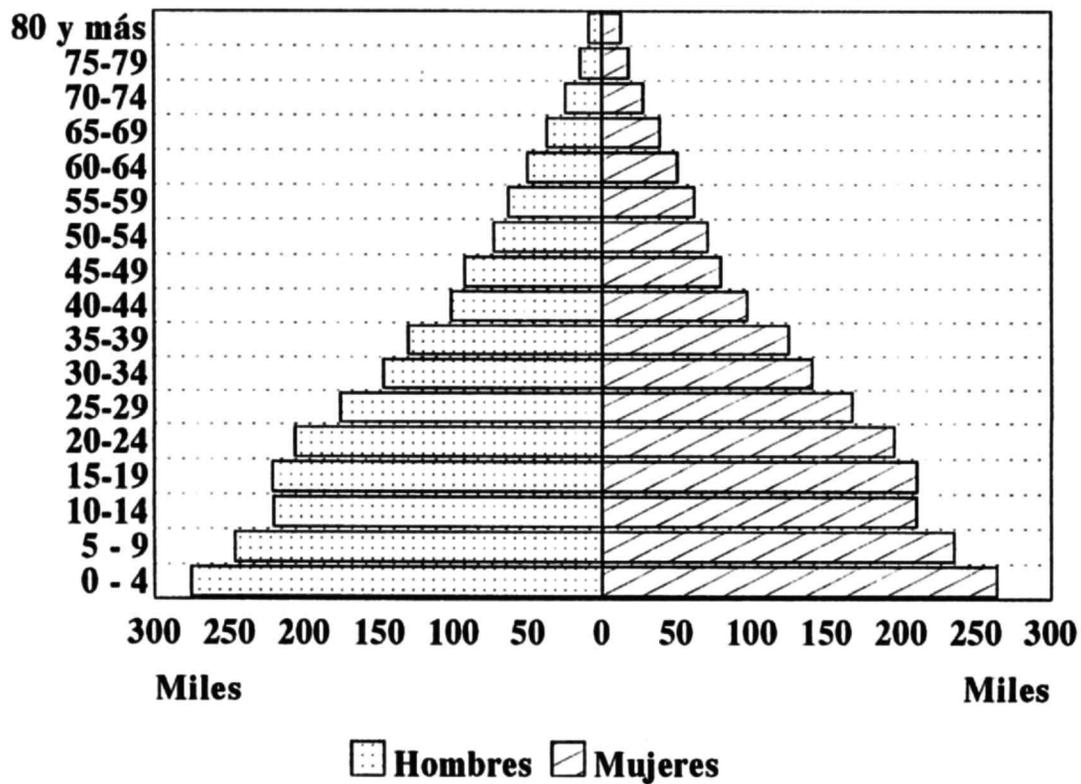
Gráfica 2

Pirámide de población de los países desarrollados y en desarrollo, 1990

Países desarrollados



Países en desarrollo



CUADRO 1

Población con 65 años y más por grandes regiones del mundo, 1950-2025

(población en millones)

Regiones	1950	1970	1990	2010	2025
Mundo	129.1	200.7	322.8	512.9	798.2
P. Desarrollados	63.5	101.7	142.1	188.0	242.4
P. en desarrollo	65.6	98.9	180.7	324.9	555.8
África	8.0	11.3	19.3	36.4	63.5
América Latina	5.5	11.1	21.1	37.8	64.6
América del N.	13.5	21.8	33.2	39.5	60.0
Asia Oriental	30.0	44.9	83.8	142.4	228.7
Asia meridional	26.2	39.0	70.4	131.9	225.2
Europa	34.1	52.4	65.1	79.6	96.7
Oceanía	0.9	1.4	2.4	3.3	5.0
URSS	11.0	18.9	27.5	42.1	54.6

Fuente: Chesnais, Jean-Claude. El proceso de envejecimiento de la población, INED-Francia, CELADE, Chile, 1990, pág. 22.

II. 3 Envejecimiento y desarrollo

Una de las preocupaciones generales que han motivado el estudio sobre el envejecimiento en el mundo, ha sido conocer el impacto que tendrá la nueva estructura por edad de las poblaciones sobre los modelos de desarrollo económico. El envejecimiento de la población no significa solamente el incremento en la demanda de este segmento de la población, sino también implica repercusiones sobre el resto de la población, máxime cuando existe proporcionadamente un mayor número de ancianos por gente en edad productiva y menores de 15 años que en el futuro cercano serán mano de obra. Entre las preocupaciones que sobresalen están la atención a la salud, cambios en el mercado de trabajo, en la familia, en los sistemas de seguridad social, entre otros.

En relación a la demanda, los efectos del envejecimiento son variados, el argumento se basa en que las preferencias y necesidades en el consumo de la población en edades jóvenes son diferentes a las que tiene la población de la tercera edad. Existen varios estudios en los cuales se han logrado identificar cambios en la estructura del consumo y del gasto debido a los cambios en la estructura por edad de la población.

Por parte del consumo, se dice que una elevada proporción de personas en edades avanzadas en la población implicaría un incremento en el consumo público de productos farmacéuticos, de servicios primarios de salud; en cambio la demanda para

libros, servicios de transportación escolar, personal vinculado a la educación, entre otros, experimentaría un descenso (Richter, 1992).

En cuanto a los gastos, la inversión pública tendrá que proveer una infraestructura adecuada para garantizar las actividades cotidianas de la población. Los lugares o sitios públicos, escuelas, hospitales, viviendas, transportación, constantemente tienen que ser adaptados de acuerdo con las necesidades de la sociedad (Richter, 1992).

Otros efectos del envejecimiento en la economía se vinculan con la disponibilidad de la fuerza de trabajo. Mientras que el envejecimiento poblacional, en principio, pudiera provocar un envejecimiento de la fuerza de trabajo, en la práctica dependería de cómo el proceso afecta la distribución por edades de la población trabajadora, así como las tasas de participación por edades.

En cuanto al progreso técnico, las investigaciones han encontrado que los cambios en el tamaño de la población y en la demanda total no influyen en la productividad en el corto plazo, pero son particularmente importantes a largo plazo (Richter, 1992).

A partir del debate mundial se advierten diversas consecuencias. El resultado ha sido una óptica negativa en aspectos económicos y políticos, mientras que la

experiencia social resalta una visión positiva. Se han mencionado como consecuencias macroeconómicas: una crisis en el financiamiento de las pensiones en relación con el amplio sector jubilado y el reducido sector productivo, la escasez de la oferta de trabajo que revalúa los costos de producción, se dice que las nuevas generaciones tendrán problemas para instrumentar innovaciones cognitivas dentro del sistema productivo, además que con el envejecimiento el ritmo del progreso técnico se desacelerará cuya consecuencia recaerá en el desarrollo económico y social. Se ha señalado también que cuando la pirámide se invierta existirán pocas probabilidades de promoción profesional para los trabajadores jóvenes, lo que no incentivará a la población económicamente activa del futuro (Chesnais, 1990; Richter, 1992, Marshall y Gibson, 1993).

Por el lado político, se ha resaltado que con el envejecimiento de la población se reafirman corrientes políticas conservadoras que en algunos casos han acentuado una diferenciación social que privilegia a estos grupos de población en detrimento de generaciones jóvenes. Mientras que, por el lado de lo social, se ha resaltado el papel de memoria cultural, la trasmisión de costumbres, la función de apoyo que requiere la localidad y familia, entre otras (Chesnais, 1990, Sennott-Miller, 1990; Domingo, et al, 1993).

Una esquematización de las ópticas sobre envejecimiento y desarrollo, la ofrecen Treas y Logue (1986) que distinguen cuatro enfoques sobre ésta relación: 1)

Una primera visión sostiene que los ancianos son una *débil prioridad* en los esfuerzos por el desarrollo, si bien no son incapaces de contribuir a éste tampoco pueden beneficiarse de él, de esta forma no "merecen iniciativas especiales" en contextos económicos de escasez ; **2)** Una segunda perspectiva ve a los ancianos como un obstáculo al desarrollo, ellos como *económicamente dependientes* son percibidos como una fuga de recursos. Además, por ser portadores de creencias y valores tradicionales son observados como una resistencia a los cambios compatibles con la modernización y el crecimiento económico; **3)** Una tercera óptica trata a los ancianos como un *recurso* en el proceso de desarrollo. Esto es, los ven como una flexible fuerza de trabajo de reserva, por ejemplo, ellos pueden encargarse de dirigir pequeñas industrias, del bienestar público y tareas de seguridad, del trabajo de la casa o el cuidado de los niños, así como de la trasmisión de costumbres; y **4)** Un cuarto enfoque sugiere que los ancianos pueden ser vistos como *víctimas* potenciales de la modernización, ya que su posición social desciende con el desarrollo.

Muchas consecuencias se están experimentando en los países más desarrollados y más envejecidos. Efectos que sería imposible abordar en su totalidad, y que no necesariamente sucederán en los países en desarrollo. No obstante, la investigación realizada en aquellas latitudes es una fuente fresca para reflexionar nuestro propio proceso demográfico.

III. EL ESTADO DEL ARTE SOBRE LA PARTICIPACIÓN ECONÓMICA EN EDADES AVANZADAS

La participación económica de la población envejecida en el mercado de trabajo ha sido estudiada como un espacio que se ha visto fuertemente transformado a partir del envejecimiento demográfico. La investigación que se encuentra disponible lo que esta reflejando es que aún pasa inadvertido el papel del anciano en la mayoría de las sociedades en desarrollo, producto tal vez de una serie de problemáticas a las que se suma el crecimiento de su población anciana.

En los países desarrollados el interés sobre la participación económica de la población envejecida se presenta de dos maneras, primero como un reflejo de la preocupación por las crecientes necesidades de mano de obra que esta afectando la productividad de los países vanguardia en la tecnología; y segundo, porque el gasto social derivado de sus amplias necesidades esta mermando las finanzas de aquellos países y no se compensa con la participación económica de las generaciones más jóvenes (Richter, 1992).

En los países en desarrollo la poca reflexión sobre la participación económica de la población envejecida se ha orientado a resaltar y evidenciar el recurso social que representa este segmento de la población en el desarrollo económico de localidades pobres. Es decir, la preocupación se ha centrado en captar y hacer visible dicha

participación en el desarrollo económico, sobretodo en el caso de las mujeres (Martin y Kinsella, 1992).

En general en éstos países, los estudios sobre la actividad económica, la fuerza de trabajo y el retiro en la tercera edad esta poco avanzado. La evidencia hasta ahora indica que al parecer las tasas de actividad económica también descienden con la edad, aunque los niveles son más bajos en países desarrollados¹⁰. Todo parece mostrar que el caracter de la economía, principalmente orientado al sector primario, de muchos países en desarrollo significa que relativamente pequeñas proporciones de población están asalariadas y la mayoría no esta afectada por el retiro obligatorio (Martin y Kinsella, 1992).

III.1 Evidencia internacional

En un estudio que comprendió 50 países, las recientes tasas de participación en la fuerza de trabajo para ancianos varones residentes en países desarrollados mostraron un rango que osciló desde el 2% en Austria hasta 24% en Noruega. En los países en

¹⁰ De los estudios revisados en países desarrollados, sobresale el hecho de que en los Estados Unidos las tasas de participación de población anciana ha manifestado un mayor descenso en los hombres que en las mujeres. En edades preenvejecidas, incluso, los hombres manifiestan tal descenso, mientras las mujeres en edades previas al rango de vejez, parecen mostrar un incremento en su actividad económica (Hess, 1985). En Japón, algunas encuestas han encontrado que muchos ancianos retirados de grandes compañías vuelven a ser empleados en compañías pequeñas algunas veces con un salario inferior al percibido con anterioridad. Esto puede estar mostrando que el anciano frente al desarrollo industrial japonés es visto como un recurso laboral que tiende a ser nuevamente explotado por su experiencia y conocimiento así como por su capacidad física (Ogawa, 1990).

desarrollo, en contados casos (Uruguay, Cuba, Argentina y Singapur) las tasas variaron desde 30% hasta 85% en Malawi (Kinsella y Taeuber, mimeo). Se ha señalado, además, que en la década de los ochenta cerca de la mitad de los hombres ancianos estaban económicamente activos en países tan diversos como Liberia, Bangladesh, Guatemala, Filipinas, México, Indonesia, Pakistán y Jamaica.

Las mujeres, por su parte, mostraron tasas de participación que están entre 1% en algunos países desarrollados hasta 29% en Filipinas. Las tasas de la población femenina están generalmente por encima en los países en desarrollo que en los desarrollados, pero varían enormemente entre los primeros. En Malawi, por ejemplo, el 72% de las mujeres ancianas declararon ser económicamente activas, mientras en Egipto lo hicieron menos del 1%. Esto refleja, sobretudo en el caso de las mujeres, las múltiples concepciones culturales en torno a lo que se percibe como actividad económica, situación que varía mucho entre los países en desarrollo. Varios estudios (Holden, 1978; PAHO y AARP, 1989: citados en Martin y Kinsella, 1992) han mostrado que las definiciones de la actividad económica en países desarrollados y en desarrollo frecuentemente excluyen segmentos del trabajo que las mujeres realizan. Además de problemas como cuál miembro del hogar es el que responde a la encuesta¹¹ y censo, situaciones que son de orden perceptual y que están

¹¹ En los países en desarrollo casi no existen fuentes primarias de información sobre la población anciana. Sólo en la década de los ochenta en países de Asia como Indonesia, Filipinas, Malasia, Tailandia, Singapur, Korea, Fiji, entre otros, se han realizado encuestas bajo distintos tópicos relacionados con el envejecimiento de sus poblaciones. En Latinoamérica sólo los países de Chile, Costa

subestimando la participación económica de las mujeres (Martin y Kinsella, 1992).

También se ha mencionado que tales diferencias pueden deberse al tipo de actividad predominante en éstos países, puesto que se encuentran grandes concentraciones de trabajadores en edad avanzada en la agricultura y sectores relacionados. En otros más, la gran mayoría de los trabajadores ancianos son trabajadores por su cuenta.

Un análisis de las tasas de participación de la fuerza de trabajo a nivel agregado en 150 países, para 1980, mostraron que naciones con alto ingreso nacional per capita tendieron a tener las más bajas tasas de participación para hombres y mujeres con 55 años y más. Una obvia implicación es que cuando una nación se desarrolla económicamente descende la participación de la fuerza de trabajo de las personas mayores de edad. Sin embargo, variaciones en la participación de la fuerza de trabajo entre países apunta hacia otros aspectos como los valores culturales, políticas gubernamentales y condiciones económicas que pueden interferir sobre los niveles de la actividad económica de los trabajadores en edad avanzada (Martin y Kinsella, 1992).

La tendencia general apunta que la principal actividad de la población avanzada se encuentra en la agricultura. La evidencia estadística ha mostrado que en regiones

Rica, Jamaica, Brasil, Guyana, Argentina, Colombia, Cuba, El Salvador, Honduras, Venezuela han realizado sus propias encuestas regionales o nacionales sobre el envejecimiento (Martin y Kinsella, 1992).

como África y Asia entre el 75 y 90% de todos los trabajadores ancianos están vinculados a este sector primario. En Latinoamérica¹² y el Caribe¹³ las proporciones han sido más bajas (Kinsella y Taeuber, mimeo).

Las actividades manufactureras usualmente parecen ocupar la segunda actividad predominante entre los trabajadores ancianos de los países en desarrollo, aunque los niveles raramente exceden el 20%. En algunos países del sudeste asiático, la actividad de vender es la que le sigue a la actividad agrícola, o en algunos casos la ocupación en el sector servicios, pero los rangos son mucho más pequeños, con una notable excepción en Singapur (24%) (Martin y Kinsella, 1992).

Poca evidencia existe sobre el ingreso como medida de bienestar de los ancianos o de los hogares con jefes de familia envejecidos, debido a la dificultad de

¹² En Argentina, la población de 65 años y más que se mantiene en la actividad laboral sólo representa el 2.1% de la población económicamente activa. Ellos suelen ocuparse como patrones o socios y en una segunda opción, como trabajadores familiares sin remuneración, representan el 4.3 y 3.5% de la PEA en el total de esas ocupaciones. En tanto que una ínfima proporción de los empleados y obreros pertenecen al grupo de 65 años y más (1.3% del total) (Oddone, 1991).

¹³ Entre los países en desarrollo como Cuba la participación de la población con 65 años y más en la población económicamente activa es reducida. Según el último censo de población, en 1981 la tasa para los hombres con 65 años y más se reducen a 21.4% y 2% para las mujeres. La mayor parte de los senescentes que se mantienen vinculados laboralmente se integran a la esfera productiva y dentro de ésta al sector agropecuario, seguido de la industria y el comercio. En comparación con otros países de la región, en Cuba existe menor participación de ancianos en la actividad económica; aunque la distribución por sectores parece ser similar (Hernández, 1986).

obtener respuestas a encuestas y censos sobre estos temas. Aún si los que responden fueran voluntariamente a reportar ingresos, distintos factores complican la concentración de la información: variaciones temporales en el ingreso, autoempleo en la agricultura, la extensión de la economía informal en la economía y la frecuente combinación de recursos de las familias. Datos sobre la principal fuente de apoyo de las encuestas de Asia para ancianos revelan que sólo los hombres en Indonesia y Tailandia tienen la mayoría sus propios ingresos y salarios. Para las mujeres en estos dos países y para ambos sexos en otros más, los hijos y nietos son la más importante fuente de apoyo (Martin y Kinsella, 1992).

En general, la importancia de las pensiones como apoyo económico de los ancianos es más grande en Latinoamérica y el Caribe que en África y Asia. Por ejemplo, cerca del 90% de los hombres -en general- y 70% de las mujeres con 65 años y más -en particular- en Argentina, y más del 60% para ambos sexos en Guyana, reciben alguna forma de pensión. Algunas naciones latinoamericanas han tenido sistemas de seguridad social por más de 50 años, y también esquemas que cubren a ciertos trabajadores por cuenta propia y rurales que se suman a las personas en los sectores más modernos (Williamson, 1992). Sin embargo, actuales realidades económicas frecuentemente limitan los beneficios a los retirados (Margulis, 1993). La mayoría de los sistemas de seguridad social están fundados en una pequeña tasa sobre el sector trabajo, los cuales en algunos países representan una pequeña base lo que hace que en cualquier lugar se reduzca durante periodos de cambio económico.

Como sea, la problemática sobre las pensiones y su financiamiento es un tema cuya complejidad y emergencia cada vez adopta dimensiones más preocupantes (Ham, 1993).

III.2 La investigación sobre la participación económica de la población en México

En México, existe una fuerte tradición en la investigación sobre la participación económica de la población en el mercado de trabajo (García, Muñoz y Oliveira, 1982; García, 1988; Cortés, 1988; Pacheco, 1988; Christenson y Oliveira, 1989; Oliveira, 1989; Pedrero, 1989; Rendón y Salas, 1991). No obstante, no existen suficientes estudios sobre la fuerza de trabajo envejecida, los pocos que hay se centran en tratar de ver como ésta población sobrevive, y en qué medida es un recurso social (Mummert, 1979; Sennott-Miller, 1990; Pedrero, 1993). Existe un amplio desconocimiento de la participación económica en edades avanzadas en las zonas urbanas o rurales de México, que procure evidenciar las diferencias del desarrollo en el mercado de trabajo.

En general, en el estudio de la participación económica en México se ha mencionado que su comportamiento es el resultado de factores económicos, demográficos, sociales, políticos y culturales. El volumen y composición de las oportunidades de empleo, la remuneración individual, la movilidad del factor trabajo y los ingresos a nivel familiar conforman los aspectos económicos. Los demográficos son el tamaño, composición y distribución geográfica de la fuerza de trabajo, así como

el ritmo de crecimiento de la población. Los factores sociales y políticos pueden ser la escolaridad de la mano de obra disponible y el alcance de la seguridad social (García, Muñoz y Oliveira, 1982)

Además en el estudio de la participación económica de la población mexicana, se ha mencionado que las variaciones se deben a diferencias de género, entre hombres y mujeres, pero para ambos la consideración de la edad es fundamental y, a su vez, depende del nivel de desarrollo social alcanzado (García, 1975).

En los años setenta en México, el estudio sobre la participación económica profundizó el papel de la mujer en el desarrollo. Es en esa década cuando se observó un incremento en la participación económica femenina debido a una modificación previa en la estructura de oportunidades para las mujeres, tales como la educación, acceso a los métodos anticonceptivos, entre otros, y a una mayor demanda de mano de obra femenina por parte del sector industrial y del sector servicios (García, 1975; Pedrero, 1987; Pacheco Gómez, 1988; García y Oliveira, 1992). Pero este tipo de investigaciones se centraron en la población femenina en edad activa o reproductiva. Al respecto se ha señalado que la incorporación femenina en el ambiente laboral, como estrategia de sobrevivencia, se vió condicionada por el ciclo vital del individuo y la inestabilidad económica de la unidad doméstica, traducido en variables demográficas como el estado civil, la edad, la escolaridad y sobretodo por el número y edad de los hijos de las mujeres (García y Oliveira, 1990).

A pesar de este desarrollo en la investigación sobre el tema no hay análisis sobre la participación de la tercera edad dentro del mercado de trabajo. De hecho debe ser diferente por regiones, grado de urbanización, etc... Es por ello que consideramos relevante el estudio de la participación económica de la población con 65 años y más, así como de su condición social. Por lo menos el esfuerzo que tratamos de realizar en este documento se centra en el AMCM, como un ejemplo de la economía urbana fundamental en el desarrollo del país.

Al analizar a la población anciana, se ha mencionado que algunas condicionantes adquieren un significado distinto al tradicional sobretodo por las nuevas características que tiene ésta última etapa de la vida. Por ejemplo, la actividad económica se comporta de manera diferente entre géneros y generaciones, específicamente su participación económica varía de acuerdo a los grupos de edad en esta etapa de vejez. Es decir, es posible esperar que la participación económica sea mayor entre los viejos jóvenes (65-74), y disminuya conforme el individuo envejece, producto de su propio deterioro físico.

Otros aspectos que siguen siendo importantes en el estudio de la participación económica es el estado civil, la relación de parentesco y la escolaridad. El estado civil puede ser muy importante y puede tener significados distintos para las mujeres y para los hombres. Para ellas el hecho de ser viudas puede significar que su participación económica es la única forma de sobrevivencia, pues en una situación anterior pudieron

ser dependientes del cónyuge. En el caso de los hombres, el hecho de estar casados, puede significar que aún en la etapa de vejez su participación económica es una forma de responder a las necesidades de su familia (Bazo, 1990; Eshleman, 1991). Algunas investigaciones han mencionado que la cohabitación¹⁴ resulta ser un fenómeno interesante en la población con edades avanzadas. Esta parece ser una solución ante los problemas personales y la insuficiencia del ingreso, puesto que dos o más personas que son pensionadas, pueden en conjunto organizarse mejor y tener atención mutua económica, física y emocional.

La relación de parentesco también adquiere relevancia, el comportamiento en el mercado de trabajo puede ser diferencial de acuerdo con la categoría de análisis. Por ejemplo, el ser jefe de familia, cónyuge o pariente tiene distintos grados de responsabilidad y desigual relación de poder al interior de las unidades domésticas. Otra categoría fundamental que condiciona la participación económica de los ancianos es la escolaridad, ya que esta característica durante la vida adulta puede permitir su incorporación en actividades asalariadas o no asalariadas (manuales o no manuales) que de distinta forma condicionan su seguridad económica en la vejez. Lo que es más probable es que actividades no manuales puedan aún en edades avanzadas ser ejercidas y practicadas, mientras que el esfuerzo físico de las manuales incapacita a esta población o les limita para alcanzar la senectud.

¹⁴ Otros señalan el incremento en el número de ceremonias religiosas más que civiles, ya que existe el peligro de perder la pensión por viudez de la esposa (Bazo, 1990).

El número y edad de los hijos no es en el estudio de la participación económica de la tercera edad una variable que motive la incorporación en el mercado de trabajo. Se supone que en esta etapa de la vida la mayoría de nuestra población en estudio esta atravesando por lo que se denomina el síndrome del nido vacío, esto significa que los hijos ya abandonaron el hogar paterno. Lo que si puede ser interesante es que en muchos casos es la descendencia la que puede ayudar en la sobrevivencia de la población anciana. En otras latitudes se ha observado como son las hijas las que brindan ayuda física a los padres y los hijos ayuda monetaria, y este recurso puede alentar o no la participación en el mercado de trabajo (Eshleman, 1991; Domingo, et al, 1993; Siriboon y Knodel, 1993).

La noción microeconómica sugiere que el valor de los hijos para los padres se sostiene en la creencia de que son ellos una fuente de seguridad en la vejez (Okore, 1987), pero en algunas sociedades en desarrollo -sobre todo en sus áreas urbanas- dicho supuesto puede perder vigencia. Mientras en las sociedades desarrolladas el descenso de la fecundidad de las últimas cinco décadas cambió el tamaño de la familia reduciendo el número de hijos, también limitó la posibilidad de que estos hijos cuidaran de sus padres en la vejez (Riley, 1985).

En la ciudad de México el descenso de la tasa global de fecundidad no ha llegado a límites de remplazo, pero para las cohortes de ancianos se supone que existieron altos niveles de fecundidad y el tamaño de las familias era grande. Por ello,

es posible pensar que las cohortes de ancianos tuvieran un amplio número de descendientes pero no es posible afirmar que, en las actuales circunstancias económicas que vive el país, estos hijos sean el sostén de sus padres en la vejez.

Además de las características del ciclo vital del trabajador, la inestabilidad económica también puede motivar en los ancianos su incorporación tardía o reincorporación al mercado de trabajo. Máxime cuando las políticas de jubilación temprana, la pérdida del poder adquisitivo, las bajas pensiones, el desempleo, obligan a la población anciana a realizar actividades sin seguridad contractual y prestaciones.

Otro aspecto relevante en el estudio del trabajo en la tercera edad, es que el nivel de la participación económica de esta población está íntimamente ligado con los problemas de salud. Se ha observado el riesgo de usar a la esperanza de vida sin contextualizar las situación socioeconómica en la que ésta se da, ya que este indicador no evidencía la calidad de vida de ésta población. Esto puede significar que la condición de actividad en la vejez puede determinar la salud posterior del anciano. Lo anterior puede ser una consecuencia interesante del tipo de actividad realizada por esta población. Los análisis al respecto señalan que un descenso en la mortalidad no equivale a un descenso en la morbilidad, los resultados estadísticos manifiestan una correlación negativa. Por lo que al incrementarse la esperanza de vida se han descuidado los riesgos de algunas actividades productivas que incapacitan a la población muchas veces condenándolas a una prolongada vida en malas condiciones

físicas y emocionales (Feldman, 1987)¹⁵.

Otras investigaciones han resaltado que en el análisis de la participación económica de este grupo se da un proceso de sustitución ante el descenso de las tasas de actividad, lo cual quiere decir que en esta etapa de la vida los ancianos cambian de actividad y el análisis sólo de las tasas de participación no permite ver qué tipo de labores realizan los ancianos. Esto es, algunos estudios longitudinales han demostrado que el descenso de ciertas actividades es explicable cuando se incrementan otras. Así aparece un ficticio descenso en el nivel de participación (Palmore, 1969).

¹⁵ En México, son conocidas desde 1955, las enfermedades isquémicas del corazón y los tumores malignos. Además de los crecientes reportes de accidentes laborales (Laurell, 1988).

IV. MÉXICO, CAMBIO ECONÓMICO Y ENVEJECIMIENTO

El objetivo principal de este capítulo consiste en contextualizar algunos cambios socioeconómicos y demográficos que permitan ubicar el escenario nacional que da forma al envejecimiento de la población de la ciudad de México. El AMCM es una de las principales áreas urbanas del país, cuya contribución al desarrollo económico ha sido histórica, y su estudio en relación con el envejecimiento de su población permite examinar recientes transformaciones en el mercado de trabajo, cambios en la estructura de la población económicamente activa, así como inadvertidas formas de participación económica en la sociedad metropolitana.

Para alcanzar este objetivo dividimos este acápite en tres apartados: el primero intenta esbozar los procesos de cambio social y las tendencias demográficas que están dando como resultado el envejecimiento diferencial de la población de México; el segundo, busca describir las recientes transformaciones económicas que ha experimentado el país en las últimas dos décadas; y el tercero, presenta algunas características económicas y demográficas de la ciudad de México, como un antecedente obligado para los capítulos siguientes.

IV.1 Cambio social y tendencias demográficas: envejecimiento en México

Al iniciar el siglo, las políticas gubernamentales de México evidenciaron la aspiración de compartir los adelantos de la modernización mundial. Las políticas económicas

comenzaron a articularse con el sistema capitalista en expansión. Se debatieron las inquietudes por construir a la nación, concepciones básicas para formular un modelo de crecimiento económico y desarrollo social en el país. Los aspectos poblacionales aún no se contemplaban en toda su magnitud. No obstante, se aludían a elementos demográficos, de tipo poblacionista, cuando se apelaba a la defensa del territorio nacional.

Investigaciones retrospectivas señalaron que, en 1910, la población total de México era de 15 millones de habitantes, los cuales tenían una esperanza de vida que fluctuaba alrededor de los 30 años. El ritmo de crecimiento estaba entre 1 y 1.5% anualmente, en parte consecuencia de la alta mortalidad infantil que oscilaba entre 250 y 270 niños muertos por cada mil nacimientos. La fecundidad medida a través de la tasa global era también muy alta, se calcularon entre 8 ó 9 hijos por mujer en edad reproductiva. Mientras los niveles de mortalidad general debieron fluctuar entre 30 y 35 defunciones por mil habitantes (Alba, 1977; Camposortega, 1992).

De la revolución mexicana hasta el periodo de institucionalización en 1940, los indicadores demográficos presentaron una marcada mejoría. Este fue un periodo en el que surgieron programas de salud pública que contribuyeron al descenso de las tasas de mortalidad que junto con el patrón reproductivo anterior permitió que el ritmo de crecimiento demográfico se acelerara hasta 1.7% anual. También se incrementó a 40 años el tiempo promedio de vida esperado para la población nacida en esos

momentos (Alba, 1977).

A la par del crecimiento poblacional, la economía del país se fortaleció junto con las instituciones públicas, sobretodo en materia de salud y educación. Cabe señalar que fue en esas décadas cuando se hicieron patentes las primeras formulaciones sobre políticas de población, lo cual pareció demostrar como la estructura demográfica mayoritariamente joven significaba un factor de riqueza política y social. El crecimiento económico era estimulado por una abundante mano de obra joven. La cohorte nacida entre 1920 y 1940 tenía la esperanza de vivir entre 30 y 40 años (Camposortega, 1992). Las políticas públicas concentraron sus esfuerzos en hacer crecer a la población, bajo el control de las causas de muerte y una fecundidad constante. Fue una etapa de construcción económica y social en la que los indicadores económicos manifestaron una mejor calidad de vida para los mexicanos.

Para un periodo posterior, es decir entre 1940 y 1970, el ritmo de crecimiento demográfico era de 3% anual. De 20 millones en 1940, México tenía 30 millones más en 1970. En treinta años de desarrollo y crecimiento económico, la estructura de la población del país se había rejuvenecido. La esperanza de vida continuó prolongándose hasta alcanzar en 1970 los 59 años para los hombres y 63 para las mujeres. El número de defunciones infantiles habían disminuído, para en 1970 reportar 73 muertes por cada mil nacimientos (Camposortega, 1992). La tasa global de fecundidad siguió muy alta, 7 hijos por mujer en edad reproductiva (Alba, 1977).

Todo indicaba que si bien la estructura de la población se rejuvenecía cuantitativamente también esas generaciones nacidas tenderían a vivir mucho más tiempo. Proceso demográfico que recaería sobre las instituciones, las mismas generaciones, la familia y los propios individuos. El alargamiento en el tiempo de vida fue producto de varios factores, cabe mencionar la instrumentación de novedosas técnicas médicas, campañas de vacunación y la fundación del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). No obstante, las proyecciones demográficas a futuro detectaron problemas de tipo económico y social ante el elevado ritmo de crecimiento de la población en general. Es en los setenta cuando se formalizan políticas de planificación familiar y anticoncepción que buscaron reducir el número de nacimientos por mujer con el objeto de limitar el crecimiento natural de la población.

Este periodo se caracterizó por un crecimiento de la industria y las ciudades que permitió la transferencia de mano de obra originaria de zonas rurales a núcleos urbanos. La demanda de fuerza de trabajo industrial garantizaba un mejor bienestar familiar que difícilmente se obtendría en zonas campesinas con economías de subsistencia. En cuanto a la distribución geográfica de la población, los saldos netos migratorios con signo positivo se concentraron en las regiones del norte y en las cercanías del Valle de México (Alba, 1977).

Dichos movimientos poblacionales, paradójicamente, fueron un factor fundamental para el desarrollo económico y para el desequilibrio poblacional de las

regiones del país. En 1940, el Valle de México concentraba el 14.7% de la población total, y para 1970, era el 22.4%; para esas últimas fechas el 40% de la población total habitaba en ciudades. Los flujos migratorios del campo a la ciudad movilizaron a población joven (10 a 30 años) de preferencia masculina. Dicha selectividad cambió en los setenta, cuando la migración se compuso en su mayoría por población femenina que se trasladó a la capital para trabajar en el servicio doméstico y otras actividades del sector servicios (Arizpe, 1990; De Barbieri, 1985).

Resumiendo, el periodo entre 1910 y 1970 representó el contexto histórico-social, político y demográfico en el que nacieron las generaciones objeto de nuestro estudio, ancianos de hoy y del siguiente siglo. Los grupos actualmente envejecidos de la población fueron testigos de este proceso a la par que fueron partícipes de su formación y transformación.

IV.1.1 La población envejecida en México

El proceso de envejecimiento en México ha tenido distintos momentos. El ritmo de crecimiento de la población anciana dependió en gran medida del comportamiento de los indicadores demográficos. Entre 1950 a 1990, la población con 65 años y más¹⁶

¹⁶ Otras investigaciones han tomado como población envejecida a aquellos con 60 años y más. Esta concepción coincide con la declaración hecha por las Naciones Unidas en 1982. Sin embargo, en algunos contextos con esperanzas de vida que sobrepasan los 60 años, retomar ese rango de edad pareciera que busca exagerar el proceso de envejecimiento. En este trabajo se optó por trabajar solamente a los que tuvieran 65 y más años de edad.

del país aumentó con diferentes grados de variación (Véase Cuadro 2). Entre 1950 y 1960 aumentaron las personas envejecidas entre 300 y un millón, mientras que en los decenios siguientes (hasta 1990) el rango de incremento en cada década fue de 1.5 a 3.5 millones de personas envejecidas. Todo apunta a que la tendencia era un sutil incremento a partir de la segunda mitad del siglo XX que se volverá más marcado una vez iniciado el siglo XXI.

Para principios de la década de los noventa se ha calculado que la esperanza de vida al nacimiento en el nivel nacional era de 67.6 años para los hombres y 73.6 años para las mujeres (Camposortega, 1993). Otro efecto del descenso de la mortalidad es el incremento de la esperanza de vida a los sesenta años de edad, lo que significa que los hombres que alcanzaron esa edad todavía tienen fuertes probabilidades de vivir 19.2 años más y las mujeres 21.4 años más (Camposortega, 1993). De la misma manera, la esperanza de vida a los ochenta años es una información interesante, ya que una persona que actualmente alcanzó los 80 años todavía tiene una esperanza de vida de 8 años más. Esto manifiesta que si bien la población en general tiene probabilidad de vivir cada vez más tiempo, también es patente que son las mujeres las que tienen una más larga existencia.

El porcentaje y los números absolutos no parecen preocupantes, pero en 1990 esta población era aproximadamente de 3.5 millones. A todo ello cabe preguntarse si existen lugares donde se concentre ésta población, en ese sentido ¿existe mayoría en

las zonas rurales o urbanas del país? ¿qué entidades federativas concentran un mayor porcentaje de ancianos? Preguntas que deben ser contestadas para instrumentar políticas dirigidas hacia la satisfacción de sus necesidades.

De acuerdo con el XI Censo de 1990, cerca del 70% de la población envejecida se concentra en las zonas urbanas del país, mientras el resto habita en zonas rurales. Además el índice de masculinidad refleja que existe mayoría femenina entre los ancianos que residen en zonas urbanas, y el fenómeno contrario se observa entre los ancianos que habitan en las zonas rurales, en donde sobresale la población masculina.

CUADRO 2

México: Evolución de la población con 65 años y más, 1950-2020*.

Años	Relativos	Absolutos
1950	3.37	921,191
1960	3.38	1,495,868
1970	3.50	1,789,888
1980	3.55	2,466,068
1990	4.16	3,376,841
2000	4.63	4,901,337
2010	5.66	6,997,085
2020	7.26	10,059,135

* A partir del año 2000 son proyecciones cuya hipótesis de fecundidad es media.

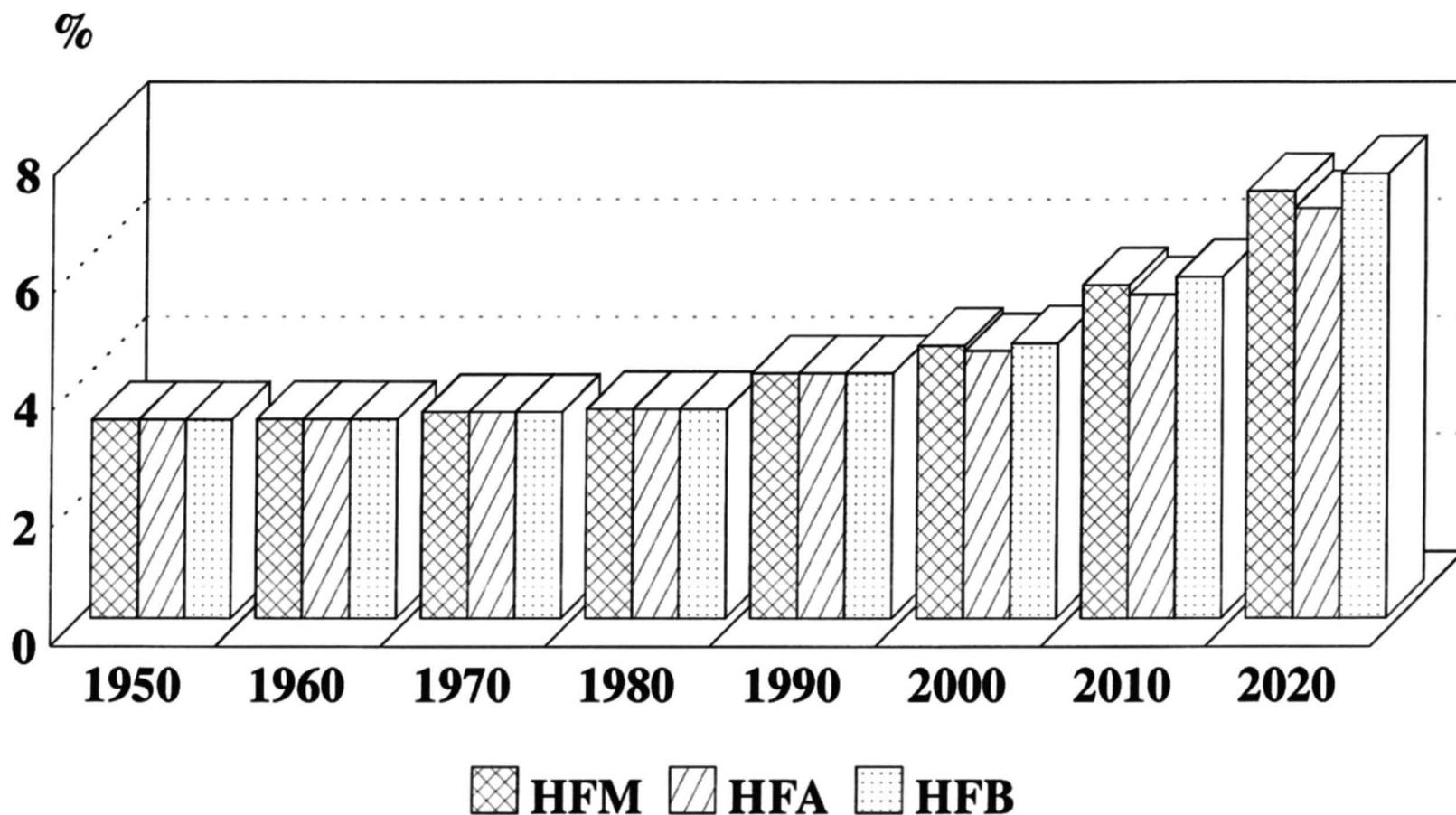
Fuentes: Calculos propios. INEGI, CONAPO, CELADE, México, estimaciones y proyecciones de población 1950-2000, INEGI, CONAPO, CELADE, México, D.F. 1983, Dirección General de Estadística e Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, X Censo general de población y vivienda de los Estados Unidos Mexicanos, 1990, INEGI, México, D.F.; INEGI-CONAPO, Proyecciones de la población de México y de las entidades federativas: 1980-2010, INEGI-CONAPO, México, D.F., 1990; Consejo Nacional de Población, Proyección de la población de México, 1980-2025. CONAPO, México, D.F. 1989.

Para el 2000, 2010 y 2020 las proyecciones mantienen su tendencia y los números absolutos se incrementan (Véase Gráfica 3). Dentro de 26 años estaremos hablando de poco más de 10 millones de ancianos, aproximadamente la población de México a principios del siglo. Este panorama a futuro, independientemente de las hipótesis sobre fecundidad adoptadas, deben alertarnos sobre las medidas socioeconómicas y culturales para incorporar más ampliamente a esta población dentro de las instituciones sociales.

Por otra parte, si analizamos a la población general según cuatro grupos de edad, desde 1950 hasta 2010, podemos ver como la población en edad productiva, grupo entre 20 y 59 años, tiene un porcentaje sobresaliente en comparación con todos los grupos de edad (Véase Cuadro 3). Incluso, este grupo presenta un incremento, al igual que la población mayor de 60 años. No es así para los grupos de 0 a 4 y 5 a 19 que tienen un descenso, lo que disminuye la matrícula y los costos en la educación. Si estas proyecciones son factibles es posible tener un impacto económico muy leve como consecuencia del envejecimiento de nuestra población, ya que no existe una reducción a mediano plazo del tamaño de la población económicamente activa.

Gráfica 3

México: Evolución proyectada de la población con 65 años y más, 1950-2020



Fuente: INEGI, CONAPO, CELADE, México, estimaciones y proyecciones de población, 1950-2000, INEGI, CONAPO, CELADE, México, D. F., 1983., CONAPO, Proyección de la población de México, 1980-2025, CONAPO, México, D. F., 1989.

CUADRO 3

México: Población total por grupos de edad, 1950-2010.

(porcentajes)

Grupos de edad	1950	1970	1990	2010
0 - 4	17.77	18.80	12.55	8.59
5 - 19	36.48	39.36	37.68	24.75
20 - 59	40.87	36.90	43.43	57.34
60 y más	4.89	4.93	6.14	9.33
Total	100.0	99.9	99.9	100.0

Fuentes: Cálculos propios. INEGI, CONAPO, CELADE, México estimaciones y proyecciones de población, 1950-2000, INEGI, México, D.F. 1983, XI Censo general de población y vivienda de los Estados Unidos Mexicanos, 1990, INEGI, México, D.F.; Proyección de la población de México, 1980-2025. CONAPO, México, D.F. 1989.

IV.1.2 Distribución regional

El conjunto del país presenta un aumento diferencial del porcentaje de población con 65 años y más. Para un mayor entendimiento de este proceso (1950-2010) hemos dividido en tres grupos a las entidades federativas que comprenden la república mexicana; el primero, es un grupo que tiende a aumentar su proporción muy suavemente; el segundo, es un grupo intermedio que aumenta entre dos y tres dígitos su porcentaje; y el tercer grupo, presenta un marcado incremento en su proporción de población anciana de más de tres dígitos.

Los estados que tienen una tendencia suave hacia el aumento de su población anciana son: Baja California Sur, Estado de México, Aguascalientes, Quintana Roo, Querétaro, Campeche, Puebla y Tlaxcala. El grupo intermedio de entidades que aumentan su proporción de ancianos son: Sinaloa, Morelos, Guanajato, Tabasco, Hidalgo, Colima, Jalisco, S.L.P. y Veracruz. El tercer grupo lo componen el resto de los estados que aumenta más de tres dígitos su porcentaje (Coahuila, Michoacán, Chiapas, Durango, Guerrero, Nayarit, Sonora, Zacatecas, Nuevo León, Oaxaca, Tamaulipas, B. C. N., Yucatán, Chihuahua y el D.F.), lo que en muchos casos significará duplicar tal proporción en un periodo de 60 años. Probablemente estas diferencias se deban a distintos patrones de mortalidad en la tercera edad por entidad federativa y a posibles flujos emigratorios de la población joven y adulta que engrosan el número relativo de los ancianos residentes en cada entidad o a factibles inmigraciones de retorno de población anciana.

CUADRO 4

México: Porcentaje de la población con 65 años y más para todas las entidades federativas, 1950-2010*.

Entidad	1950	1970	1990	2000	2010
Grupo Bajo					
Aguascalientes	4.07	4.10	4.01	4.03	4.74
Baja California S.	4.24	3.62	3.40	3.26	3.92
Campeche	3.03	3.63	3.80	3.71	4.69
México	3.75	3.14	3.00	3.15	4.37
Puebla	4.40	4.40	3.55	4.75	5.81
Querétaro	3.66	4.08	3.70	3.79	4.64
Quintana Roo	2.03	2.47	2.06	2.27	2.87
Tlaxcala	4.17	4.84	4.60	4.99	5.91
Grupo Medio					
Colima	3.47	3.77	4.70	4.75	6.22
Guanajuato	3.79	4.02	4.31	4.83	6.11
Hidalgo	3.56	4.04	4.40	4.89	6.33
Jalisco	3.87	4.11	4.80	5.28	6.68
Morelos	3.44	4.25	4.40	4.59	5.84
S. L. P.	3.66	4.26	4.60	5.17	6.36
Sinaloa	3.14	3.41	4.01	4.22	5.32
Tabasco	2.87	3.25	3.12	3.86	5.37
Veracruz	3.22	3.72	4.20	4.73	6.04
Grupo Alto					
Baja California	2.40	2.60	3.41	5.58	7.27
Coahuila	3.61	3.67	4.10	5.09	6.74
Chiapas	2.61	3.04	2.98	4.09	5.81
Chihuahua	3.08	3.35	4.04	6.19	8.84
Distrito Federal	3.21	3.46	4.80	6.58	9.14
Durango	----	3.70	4.30	5.23	6.76
Guerrero	2.82	3.62	4.10	4.60	6.07
Michoacán	3.17	4.09	4.72	5.04	6.33
Nayarit	----	3.76	4.9	5.50	7.00
Nuevo León	3.49	3.55	4.04	5.31	7.41
Oaxaca	2.97	4.16	4.74	5.66	7.33
Sonora	3.19	3.21	4.0	5.24	6.76
Tamaulipas	2.98	2.72	4.32	5.87	7.80
Yucatán	3.68	4.62	5.58	5.65	6.65
Zacatecas	3.42	4.15	4.98	5.79	7.48

* Las cifras después del 2000 corresponden a la hipótesis programática.

Fuentes: Manual de Estadísticas Básicas Sociodemográficas, Vol 1, SPP, Coordinación General del Sistema Nacional de Información, México, D.F.; INEGI y CONAPO, *Proyecciones de la población de México y de las entidades federativas: 1980-2010*. INEGI, México, D.F., 1990.

IV. 2 Recientes transformaciones económicas en el país

En el apartado anterior intentamos esbozar brevemente cual fue el contexto histórico-social y demográfico del periodo 1910-1990, en el cual nació y creció la población envejecida en la actualidad. Ahora retomaremos los cambios económicos de las dos últimas décadas, periodo que propició una situación muy difícil para ésta población en el país. Sobre todo para aquellos que no tenían recursos ni bienes materiales que aseguraran su sobrevivencia económica.

A pesar que fue en la década de los setenta cuando sobresalieron las políticas tendientes a satisfacer las necesidades rezagadas de la población mexicana (educación, seguridad social, atención a los pobres, etc..), tales acciones, se dice, no estuvieron sustentadas con un financiamiento adecuado, de lo cual un déficit a corto plazo propició la inestabilidad social y económica del país. El déficit público como proporción del producto interno bruto aumentó del 1.6% al 14.9% en los setenta. La tasa promedio anual inflacionaria alcanzó el 22.05%, mientras en periodos anteriores había sido de 4.13%. Todo ello generó una fuerte presión sobre los precios y una devaluación de la moneda, que hacia veinte años no ocurría. El tipo de cambio nominal hasta 1975 fue de 12.5 pesos por dólar, al año siguiente era de 15.44 pesos y al siguiente fue de 22.58 con un permanente aumento hasta la fecha (García Alba, et al, 1984).

La época denominada de "transición" (1970-1981) estuvo caracterizada por una

ruptura con el modelo de crecimiento anterior. Aunque el producto siguió creciendo de manera significativa, el final de la década de los setenta se frenó la inversión pública y privada, reduciendo con ello la demanda de trabajadores del sector manufacturero pero no el de servicios.

Durante el periodo que va de 1976 a 1982, el producto per cápita descendió a 16% y el salario real de los trabajadores en el último año fue 35% menor al reportado al inicio de ese periodo político. Los sistemas de seguridad social y los subsidios a los productos básicos también sufrieron una reducción presupuestaria. En 1982 la inflación promedio fue de 58.82%, mientras que en un plazo siguiente (diciembre a diciembre) fue de 98.8%. En esa década la disminución de las remuneraciones reales, la presión de la deuda externa y la fuga de capitales fueron características de una situación económica recesiva que obligó a la población en general a incorporarse en la esfera económica con el objeto de satisfacer sus necesidades básicas (García Alba, *et al*, 1984).

Los años de profunda crisis (1982-1986) debilitaron la capacidad del sistema económico para generar empleos, los sindicatos perdieron espacios de negociación, así como el control salarial hizo que los trabajadores perdieran su poder adquisitivo. Entre todos los sectores de la economía nacional, fue la industria la más afectada por la recesión. Como la población en edad productiva crecía con rapidez, las empresas y el mismo gobierno optaron por recortar personal y acelerar la jubilación de los

trabajadores con cierta antigüedad. Las necesidades de la población seguían en aumento mientras el desempleo, la reconversión tecnológica, la jubilación temprana y el recorte de personal provocaron que las ocupaciones no asalariadas se incrementaran (Oliveira y García, 1993).

El retroceso en las políticas de bienestar social fueron características del periodo. Por ejemplo, el cuidado gratuito a la salud tuvo un marcado descenso en la cobertura de la población afiliada. También el gasto público en salud disminuyó, siendo un porcentaje del producto interno bruto de tan sólo 2.6%, en 1982, mismo que decrece a 1.6% en 1986 (Cortés, *et al*, 1990). Es la época en la que el gobierno mexicano firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional con el compromiso de llevar a cabo un programa de estabilización que equivalía a lo que posteriormente se llamaría programa de ajuste. Este tenía como metas hacer descender la tasa de inflación y poner al corriente la balanza de pagos. Sus instrumentos fueron la reducción del déficit público, una devaluación adicional del peso y una drástica alteración en los mecanismos de indexación del salario mínimo (Lustig, 1986). En 1987 se firmó el Pacto de Estabilidad y Competitividad Económica que controla, desde entonces, el aumento salarial y busca un cierto control sobre el índice de precios.

Los efectos económicos en conjunto contribuyeron a una disminución en la calidad de vida de la población en general. Aunque se ha estudiado que aparentemente los indicadores sociodemográficos no mostraron un retroceso, si llamaron la atención

los estudios sobre desnutrición, analfabetismo y desempleo que permitieron observar como parte de la población era vulnerable ante las deficiencias del desarrollo. Los niños, las mujeres y ancianos, serían desde cualquier punto de vista los segmentos poblacionales de menor resistencia ante estas coyunturas económicas (Lustig, 1986; Pedrero, 1990; Oliveira y García, 1990; Cortés *et al*, 1990).

Fue a finales de la década de los ochenta, cuando comenzó una estrategia de recuperación económica, con la aplicación de políticas de apertura comercial con el exterior, reprivatización de la banca mexicana, reorientación menos proteccionista del Estado en la economía nacional y la continuación de una concertación entre el sector empresarial, trabajador y gobierno para frenar el alza de precios, controlar el tipo de cambio y los salarios. Para los noventa fue posible ver como algunos indicadores de la economía habían mejorado, el producto interno bruto creció más del 3%. También se redujo la tasa inflacionaria a 18.8% en 1991, cuando cuatro años atrás era de 150% (Oliveira y García, 1993; Lustig, 1994).

IV.3 La ciudad de México: población y economía

A partir del contexto nacional precedente, es posible afirmar que el proceso de envejecimiento en el país esta ocurriendo de manera diferencial según el grado de desarrollo de cada región. A ese vínculo inicial hay que agregar el que la reciente crisis económica tuvo impactos diferentes sobre la población dependiendo del grupo social, la cohorte de pertenencia, el género, la educación y el lugar de residencia, entre otros.

Con base en la información precedente podemos adelantar que del conjunto de las entidades federativas, el Distrito Federal, que forma parte de la ciudad de México, tiene una mayor tendencia al envejecimiento demográfico, pero que esta característica junto con las recientes transformaciones económicas en el conjunto del país provoca variados efectos sobre el desarrollo de la economía local.

Algunos antecedentes demográficos de la ciudad de México mostraron un elevado crecimiento de su población, factor fundamental en la expansión de dicha zona urbana. Crecimiento demográfico que tuvo como sustancial componente el desplazamiento de amplios contingentes de población hacia la capital del país. Durante 1960 y 1970, los descendientes de los inmigrantes al AMCM fueron responsables por el 69.4% del crecimiento demográfico (Goldani, 1977, citado en García, Muñoz y Oliveira, 1982). En 1970, cerca del 35% del total de habitantes y más del 50% de los de 20 años o más no habían nacido en la ciudad de México (Muñoz, Oliveira y Stern, 1971, citado en García, Muñoz y Oliveira, 1982). La fecundidad hasta mediados de la década de los sesenta había permanecido elevada y constante, la tasa global de fecundidad era de 5 hijos por mujer en la ciudad de México. Tasa que era menor en determinados grupos sociales, por ejemplo en aquellos cuyas características reportaban altos niveles de ingreso o de escolaridad. Es en la década de los setenta cuando comienza a experimentarse un comportamiento descendente de la fecundidad, inicialmente en el AMCM. En cuanto a la mortalidad, los capitalinos habían manifestado mejores niveles de vida reflejado en una esperanza de vida mayor en

comparación con el resto del país. En 1970 la esperanza de vida para hombres era de 57.8 años y para mujeres de 63.8 años, siendo para ambos sexos de 60.8 años (Pérez Peraza, 1977, citado en García, Muñoz y Oliveira, 1982). En 1990, la esperanza de vida calculada para el Distrito Federal era de 70.6 para ambos sexos, lo que sigue mostrando una mayor tendencia hacia el envejecimiento en la ciudad de México. Envejecimiento porque amplias cohortes desplazadas a la capital están llegando a la etapa de vejez aquí mismo y porque esas cohortes y las siguientes están alcanzando superiores esperanzas de vida, en comparación con el resto del país (Montes de Oca, 1994b).

En el plano económico, la ciudad de México fue una zona que concentró el desarrollo económico del país, puesto que desde 1950 la contribución de la ciudad de México al producto interno bruto (PIB) sobrepasó el 30%. La industrialización¹⁷, el sector servicios y los transportes tuvieron un papel muy importante en el desarrollo nacional, cuya contribución a la actividad económica global se mantuvo hasta la década de los setenta (García, Muñoz y Oliveira, 1982).

La ciudad de México, en su momento, representó la mejor opción en educación, salud y trabajo para aquellas generaciones jóvenes que difícilmente regresarían a su

¹⁷ Dentro de la industria, se ha mencionado la importancia de la manufactura. Sobresale la producción de químicos, fabricación y ensamble de vehículos de motor y sus partes, y las que hacen aparatos y equipos de radio y televisión (Garza y Scheingart, 1978, citado en García, Muñoz y Oliveira, 1982).

lugar de origen. Esas generaciones envejecieron y envejecerán engrosando su proporción en el Distrito Federal y la zona conurbada de la ciudad de México. Por eso es posible pensar que el proceso de envejecimiento en esta ciudad se debe a que fue una zona de atracción de flujos migratorios en décadas pasadas. El tipo de organización social, el mercado de trabajo y el sistema de seguridad social, privilegió a la población residente en contraste con el resto del país. La mejor calidad de vida redundaría en favorables condiciones físicas, mismo que posibilitó el que la población alcanzará un mayor tiempo promedio de vida hasta la ancianidad.

La población económicamente activa desde 1970, se concentraba en la capital del país. La estructura por edad de la ciudad de México en esa década se consideraba joven, debido a los flujos de población en edad productiva. Sin embargo, en la década de los noventa, la estructura de la población residente en la capital del país esta cambiando. En 1970 el 3.46 % de su población tenía 65 años y más, y en los noventa se calcula que son más del 5% los que se encuentran en este rango de edad, proyectándose para el 2010 cerca del 10% del total población residente en la ciudad de México (Véase Cuadro 4).

V. CONDICIÓN SOCIAL DE LOS ANCIANOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO

The situation of old people expresses the ambiguity of the human condition more fully than do other ages of life (Minois, 1987).

El escenario social, demográfico y económico de las décadas pasadas son el antecedente obligado para entender la condición social de la población anciana de la ciudad de México, condición que es necesario examinar comparativamente entre géneros y cohortes. Como condición social entendemos a las características sociodemográficas de los individuos que les permite hacer frente a situaciones económicas y coyunturas políticas. Algunas de las variables sociodemográficas que nos permite caracterizar la condición social de la población anciana, y que fueron captadas por la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU) de 1992, además de la edad cronológica son: la relación de parentesco, estado civil y nivel de escolaridad, para ambos sexos, y número de hijos sólo para la población femenina. Cada una de estas variables permiten ubicar posibles situaciones individuales y familiares de la población envejecida, como puede ser su ciclo de vida familiar y la posible estructura de oportunidades a la que dicha población estuvo expuesta.

En el análisis decidimos dividir a la población captada para 1992, por la ENEU, de la ciudad de México en tres grandes grupos de edad, con la intención de evidenciar las diferencias existentes entre esas cohortes. La primera de 12 a 44 años, sería una población joven; mientras que la de 45 a 64 años la consideramos como adulta; y por

último, la población con 65 años y más, que es la que nos interesa resaltar, la consideramos como la población en la etapa de vejez. En general, es posible observar como la condición social es distintiva para cada cohorte, puesto que cada una de ellas experimentó condiciones históricas y socioeconómicas específicas.

A principios de la década de los noventa, la cohorte de hombres ancianos, con 65 años y más, declararon ser jefes de hogar en un 86.2%. Porcentaje inferior al de la cohorte adulta (92.6%) y muy superior al de la cohorte joven (39.2%). Esta relación de parentesco es muy importante porque nos indica que esta población aún en la etapa de vejez tiene mayoritariamente responsabilidades económicas y morales en un grupo familiar, y que por tales actividades es reconocido en tal núcleo. Esto es, dicha población esta experimentando su entrada a esta etapa de la vida, y aún con posibles cambios que deterioren su situación económica, física y emocional continua con un papel de responsabilidad familiar.

Otra categoría que resulta interesante es la de los "otros parientes", al parecer un significativo porcentaje de hombres (11.7%) al entrar a la vejez dejan de ser jefes de hogar para añadirse como un miembro más en otro núcleo familiar. Esto seguramente trae consigo una pérdida de jerarquía y de poder al interior de la unidad doméstica, así como limitaciones en la toma de decisiones. El hecho de que cerca del 90% de la población en edades avanzadas conserven su jefatura del hogar puede significar que estos sujetos presentan una mayor autonomía física, mental o

económica que les permite mantener su papel dentro del hogar (Véase Cuadro 5).

Las mujeres se comportan de manera diferente. En 1992, las declaradas jefas de hogar son 35.8%, proporción muy superior a las de la cohorte adulta (25%) y joven (5.3%). Esto significa que dichas mujeres al llegar a edades avanzadas experimentaron la muerte del cónyuge, separación o divorcio, situaciones matrimoniales que tienen que enfrentar prácticamente solas y en algunos casos con sus hijos. Este comportamiento es muy interesante si lo vemos en contraste con la población masculina, pues cuando ellos entran a su propia etapa de vejez pierden ligeramente jefatura del hogar, mientras que las mujeres viven un proceso inverso ya que adquieren, junto con su propio proceso de envejecimiento, responsabilidades familiares o asumen una jefatura femenina que no les es reconocida socialmente y que puede enfatizar la vulnerabilidad de su situación socioeconómica.

Entre la población femenina en edades avanzadas, la proporción de cónyuges es inferior al de las jefas (28.8%) e inferior a las de otras cohortes (60.6% de la adulta y 39.2% de la joven), precisamente por el proceso de separación y viudez que disminuye la proporción de cónyuges una vez llegado a edades avanzadas. Mientras que la categoría "otros parientes" --una de las más importantes en el análisis de la tercera edad-- que capta a las tías, abuelas, hermanas, entre otros, tiene una muy significativa presencia en el último grupo de edad. De las encuestadas con 65 años y más, en 1992, 33.6% se declararon en el hogar como otro pariente, proporción

mucho mayor comparándola con la de los hombres (11.7%) (Véase Cuadro 5). Con esta información no sería apresurado decir que la mujer a edades avanzadas puede ser mejor acogida en ciertos hogares, sin embargo, valdría conocer aún más qué tipo de hogares son los que admiten otros parientes en la tercera edad, y fundamentalmente cuál es el tamaño y composición de dichos hogares. A su vez, es necesario conocer otras características adicionales de esta población femenina. En algunas ocasiones se ha mencionado el apoyo que brinda una mujer más en el hogar, sobretodo cuando alguna de las otras esta incorporada al mercado de trabajo.

Con respecto al estado civil, los hombres ancianos solteros son poco significativos. Esto puede ser producto de la preferencia de los hombres a casarse aún a edades mayores. En 1992, el 75% de la población masculina de la ciudad de México con 65 años y más se declaró casada o unida. Cabe señalar la práctica de segundas nupcias más frecuente entre los hombres después de la viudez, separación o divorcio. Los viudos en edades avanzadas tienen una representación del 17.8%, en 1992.

En la situación marital de la población femenina con 65 años y más, sobresale la amplia presencia de mujeres viudas en la ciudad de México. En 1992, poco más de la mitad (53.5%) del total de éstas mujeres residentes de la zona metropolitana eran viudas. Porcentaje muy superior al de otras cohortes como la adulta (16.9%) y la joven (1.1%). Al analizar las cohortes entre ambos géneros observamos que la mujer sufre un cambio más brusco en su situación marital, sus opciones parecen ser

más reducidas, pasan de ser casadas a viudas. La inestabilidad emocional, dependencia económica y desprotección podrían ser factores que devienen con la muerte o separación del cónyuge. Muchas de ellas tradicionalmente dependieron del ingreso del esposo y no tienen recursos propios por lo que su condición económica ahora debe ser muy inestable. Con la viudez pueden cambiar de residencia a otro hogar o asumir la jefatura en el entendido que es frecuente encontrar que vivan solas o con sus hijos dependientes. Las casadas o unidas, con 65 años y más, tienen una presencia también significativa con un porcentaje, en 1992, de 31.5%, proporción inferior en comparación con la de las otras cohortes, precisamente porque ellas están atravesando la etapa de nido vacío lo que adelgaza la proporción de mujeres en esta situación marital. Las solteras tienen un porcentaje cercano al 10%, muy similar al de la cohorte de mujeres adultas y más de cuatro veces inferior al de las mujeres de la cohorte joven. La semejanza en el porcentaje de solteras entre las cohortes adulta y envejecida estriba en que las probabilidades de una mujer de casarse después de los cuarenta años es muy baja, por lo que el monto de población en dicho estado se conserva.

La escolaridad manifiesta grandes contrastes entre géneros y cohortes. De entre la población femenina en edades avanzadas del AMCM, el porcentaje más alto --casi la mitad de los encuestados-- se concentra en la categoría de "sin estudios" con un 61.3%. Situación muy similar para los hombres de esta ciudad y de esa cohorte, con un 51.1%. Esta información permite observar que poco más de la mitad de la

población envejecida residente en el área metropolitana tiene fuertes limitaciones sociales. Su inserción laboral puede ser precaria. No obstante, al realizar alguna actividad económica puede percibir una remuneración muy baja, además de ser vulnerable ante los nuevos requerimientos productivos. Esta situación se mantendrá para los futuros ancianos, ya que la cohorte de adultos, hombres y mujeres, entre 45 y 64 años de edad, que residen en la ciudad de México, en 1992, declararon no tener ningún estudio en un 30.4% y 40.7% respectivamente. Sin lugar a dudas los ancianos de hoy y de los próximos años presentan la escolaridad más baja. Sin embargo, la condición social, al menos en lo que respecta a la escolaridad, parece mostrar que la expansión histórica de la educación en México, esta haciendo que las generaciones jóvenes alcancen un mayor nivel de escolaridad en contrastes con las generaciones adultas y las envejecidas.

La baja escolaridad de la población envejecida de ambos sexos se debe a que la educación obligatoria y gratuita se instituyó cuando ellos ya formaban parte de la fuerza de trabajo ocupada. Las cohortes con un menor acceso a la educación obligatoria fueron aquellas nacidas a principios del siglo XX hasta 1940. No obstante, dentro de estas son las ancianas las que peores condiciones tienen. Esta situación no les proporciona ninguna seguridad en el ambiente laboral, prácticamente pueden quedar marginadas a trabajos domésticos que ofrecen con muy baja remuneración. En una sociedad en la que casi todo se vende o compra, no tener los mínimos conocimientos las puede hacer experimentar situaciones de engaño y explotación.

En México existen grandes desigualdades en materia de educación, y una prueba de ello es como en las edades avanzadas el mayor porcentaje de profesionistas lo presentan los hombres. Estos niveles educativos parecen ser un privilegio del género masculino. Según la encuesta de 1992, del grupo de hombres con 65 años y más, poco más de una décima parte de ésta población es profesionista (12.3%). En cambio la población femenina envejecida con estas características roza el 3%.

Otra variable interesante es el número de hijos(as) tenidos por la población femenina. De acuerdo con nuestra información se pueden observar tres patrones de reproducción distintos, correspondientes a las tres cohortes analizadas de mujeres residentes en la ciudad de México. De la población envejecida con 65 años y más, en 1992, el 12.4% tuvo más de 10 hijos(as), 30.6% tuvo entre 6 y 9, 29.4% tuvo entre 3 y 5 hijos, el 17.3% tuvo 1 ó 2 y el 10.2% no tuvo hijos. Además de ser muy similar al de las mujeres de 45-64 años. Los datos muestran cambios en los patrones reproductivos de las generaciones más jóvenes consecuencia del incremento en las oportunidades educativas, cambios en los niveles de mortalidad, así como el aumento de la divorcialidad y en el acceso a métodos anticonceptivos. Para las generaciones adultas el número de hijos se concentra en un número promedio menor al de las cohortes más viejas. Las más jóvenes, por su parte, el mayor porcentaje no tienen hijos, resultado de los programas de planificación familiar y el mayor acceso a la educación en materia de salud reproductiva.

Cabe mencionar, por otra parte, que el número y sexo de la descendencia puede ser un factor muy importante en la sobrevivencia de la población femenina y un mayor número de hijos puede ampliar las posibilidades de que al menos alguno de ellos vean por sus padres ancianos. Sin embargo, al observar distintos patrones reproductivos, la tendencia general es una reducción en el número de estos hijos. Además hay que añadir la consideración sobre aquellas que no tienen hijos aún en edades maduras y en las envejecidas, 7.4% y 10.2%, respectivamente, ya que pueden tener menos apoyo que aquellas que al menos tuvieron algunos.

Resumiendo, la población en edades avanzadas de ahora y de los próximos años que resida en la ciudad de México tendrá fuertes limitaciones para hacer frente a situaciones de crisis económica. Si bien la condición social de los ancianos es la más vulnerable entre toda la población de la ciudad de México, sobresale al interior la condición femenina. Las mujeres y hombres envejecidos tienen características sociodemográficas muy diferentes. Resalta el hecho de que el nivel educativo de las mujeres es la que presenta mayores deficiencias entre la población envejecida y entre toda la población del AMCM. También el estado civil presenta situaciones aparentemente desventajosas para las mujeres. Incluso, la jefatura del hogar pareciera devenir con su vejez muy bruscamente, mientras en los hombres desciende la jefatura ligeramente con la edad avanzada. En ambos sexos, se vive un proceso de separación con el hogar inicial ya que muchos de ellos se añaden a otro hogar, posiblemente el de los hijos u otros parientes, situación que les restar jerarquía al interior familiar.

CUADRO 5

Distribución de la población masculina y femenina de la ciudad de México según algunas variables sociodemográficas y grupos de edad, 1992.

1992						
Grupos de edad	Hombres			Mujeres		
	12-44	45-64	65 y +	12-44	45-64	65 y +
Total¹⁸	48.4	46.9	43.1	51.6	53.1	56.9
<u>Parentesco</u>						
Jefe de Hogar	39.2	92.6	86.2	5.3	25.0	35.8
Cónyuge	0.4	1.2	1.3	39.2	60.6	28.8
Hijos	50.4	2.2	0.2	43.6	2.9	0.7
Otros parientes	9.3	3.6	11.7	8.9	10.0	33.6
Otros	<u>0.8</u>	<u>0.3</u>	<u>0.6</u>	<u>3.0</u>	<u>1.6</u>	<u>1.1</u>
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<u>Estado civil</u>						
Solteros	56.0	5.7	4.6	49.1	9.2	9.8
Casados o unidos	42.6	88.1	74.8	46.3	65.2	31.5
Separados o div.	1.2	2.6	2.9	3.5	8.6	5.2
Viudos	<u>0.2</u>	<u>3.6</u>	<u>17.8</u>	<u>1.1</u>	<u>16.9</u>	<u>53.5</u>
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<u>Escolaridad¹⁹</u>						
Sin estudios	10.5	30.4	51.1	13.0	40.7	61.3
Básico	30.7	30.8	24.5	30.4	26.8	22.0
Medio	29.8	13.0	8.6	24.5	13.7	7.5
Medio superior	11.6	8.0	3.5	19.7	13.4	6.3
Profesional o más	<u>17.3</u>	<u>17.7</u>	<u>12.3</u>	<u>12.3</u>	<u>5.4</u>	<u>3.1</u>
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: ENEU, segundo semestre de 1992, INEGI, México, D.F., 1993.

¹⁸ Nota 1: El total de la población masculina más la femenina suman 100.

¹⁹ Nota 2: "Sin estudios" comprende a los sin estudios y con primaria incompleta; Nivel básico integra a los que tienen primaria completa y secundaria incompleta; Nivel medio comprende a los que tienen carrera técnica con primaria, secundaria completa y preparatoria o equivalente incompleta; Nivel medio-superior integra a los que tienen preparatoria o equivalente completa y técnico con secundaria; Profesionistas y más engloba a los profesionistas medios con preparatoria y a los universitarios y más.

VI. PARTICIPACIÓN ECONOMICA E INSERCIÓN OCUPACIONAL DE LA POBLACIÓN CON 65 AÑOS Y MÁS EN LA CIUDAD DE MEXICO

En capítulos anteriores esbozamos el contexto en el que nació, creció y maduró nuestra población en estudio, pero también describimos su condición social resultante de este proceso histórico nacional. Todo lo anterior nos permitió reflexionar que cada cohorte, y generación, enfrenta y se ve impactada por las circunstancias económicas de manera diferencial, esto como resultado de la condición social que les caracteriza. En ese sentido, la cohorte más vieja que debió nacer a principios de siglo hasta la década de los treinta, es una cohorte que enfrentó un conflicto armado, la formación de instituciones relevantes como las encargadas de la educación y salud de la población. También vivió una expansión de la industria y un crecimiento del sector gubernamental, y en su etapa de madurez experimentó cambios económicos, situaciones inflacionarias e hiperinflacionarias que tuvieron efectos distintos sobre esta población, precisamente porque su etapa de vida era diferente. La experiencia de las otras cohortes tampoco fue grata, pero la mayor escolaridad y juventud en un sistema que privilegia la edad de su fuerza de trabajo puede resultar una ventaja considerable para hacer frente a las recientes coyunturas socioeconómicas.

Por ello, es posible pensar que la participación de la población envejecida en el mercado de trabajo sea significativa como consecuencia de la pérdida de su poder adquisitivo, y que aún con el periodo de recuperación económica esta población

continúa participando. Para probar la anterior hipótesis en el presente capítulo analizamos la participación económica de los ancianos, hombres y mujeres, dentro de la estructura del mercado de trabajo del área urbana de la ciudad de México. Hemos organizado ésta parte de la siguiente manera: primero, contextualizamos el mercado de trabajo en el que se inserta la población envejecida de la capital del país en la década de los setenta; segundo, examinamos la participación económica a principios de los noventa, de acuerdo con algunas variables sociodemográficas (género, cohorte, estado civil, relación de parentesco y escolaridad); y tercero, se analiza la inserción ocupacional de la población en estudio. La idea central de esta parte es examinar cómo las características personales de la población envejecida están condicionando su participación económica y en ese sentido su forma de vida individual, familiar y social.

VI.1 Antecedentes de la participación económica de la población envejecida en la ciudad de México

La participación económica de la población anciana no se ha estudiado con detenimiento, la mayoría de los estudios sobre el tema abordan la importancia de la participación económica de la población en general o en especial de la que está en edad productiva. Uno de los aspectos relevantes de la relación entre envejecimiento y desarrollo en México, puede ser conocer el impacto del envejecimiento sobre el mercado de trabajo. No obstante, dicho tema de investigación es muy amplio y hemos seleccionado aproximarnos al impacto de esa relación inicialmente conociendo la

participación económica de la población envejecida en el AMCM . Aspecto que resulta fundamental en la organización de la sociedad metropolitana y que permite vislumbrar posibles estrategias de sobrevivencia para una población cuya condición social los presenta en franca desventaja ante el resto de la población y ante las circunstancias económicas por las que atraviesa la economía de la capital del país.

En la ciudad de México, desde décadas pasadas, la participación de la población en general en el mercado de trabajo ha sido aparentemente superior que en el resto del país. En el Distrito Federal se encontró que en la década de los setenta la población económicamente activa estaba constituida en un 68.1% por hombres. Eso correspondía a una tasa de participación de 71.5%, en 1970, casi la misma a nivel nacional. Las mujeres tenían una tasa de participación de 29.7%, casi el doble que la reportada para todas las mujeres del país (García, Muñoz y Oliveira, 1982). En general esta mayor participación en la economía de la capital se había explicado se debe a que la población de la capital aumentó su nivel de escolaridad, postergó su entrada al mercado de trabajo y se supone que, con el sistema de seguridad social, la población trabajadora dejaba su actividad una vez alcanzado cierto rango de edades²⁰ (Oliveira, 1977, citado en García, Muñoz y Oliveira, 1982).

²⁰ En general en el mismo estudio, las tasas de participación por grupos de edad revelan que en esa década la actividad económica de los hombres desde los 24 años de edad hasta los 70 es superior a la participación del conjunto del país. Las mujeres por su parte en casi todos los grupos quinquenales manifestaron tasas de participación superiores a las de la república mexicana, no obstante, estas descienden a partir de los 25 años (García, Muñoz y Oliveira, 1982).

La participación de la población envejecida del Distrito Federal, en 1970, se observó tendía a decrecer muy rápidamente en los varones desde los 60 años de edad (81.2%), para en los 65-69 tener unas tasas de 71.1%, 56.7%, en el siguiente grupo de edad (70-74), y por último, en el grupo de 75 y más se reporta una tasa de 37.5%. Dicho descenso puede ser a consecuencia del proceso de deterioro físico, que obliga el retiro o el cambio de actividades (García, Muñoz y Oliveira, 1982).

Las mujeres ancianas, en 1970, tenían tasas mucho más bajas en esos grupos de edad, pero en referencia al país eran muy superiores. Por ejemplo, en el grupo de 60-64 la tasa era de 21.8%, en el siguiente grupo (65-69) de 18%, el de 70-74 de 14.3% y el de 75 y más de sólo 8.2% (García, Muñoz y Oliveira, 1982). A primera vista las tasas de participación femenina en la tercera edad eran demasiado bajas, pero esta información puede estar subestimada, ya que las actividades desarrolladas por las mujeres muchas veces no están registradas en cuestionarios de censos y encuestas. Además es posible pensar que mucha de esta población anciana realice actividades fuera del sector formal²¹ de la economía, por lo que otras fuentes de

²¹ Mucho se ha debatido sobre el término de "sector informal" para definir a aquellos grupos de población urbana que obtienen ingresos desempeñando cierto tipo de actividades económicas fuera del esquema formal del mercado. No obstante, actualmente se les piensa como trabajadores no asalariados en actividades no agrícolas ni profesionales. El análisis sobre el sector informal se ha enfocado de dos maneras. Uno caracterizando a las unidades de producción, donde hablar del sector informal implica tratar con trabajadores por cuenta propia y a los familiares no remunerados, aunque en algunos casos también a los empleados domésticos. Otro enfoque, caracterizado por la regulación del estado, define al sector informal como constituido por los empleos que no están amparados por leyes laborales, contratos de trabajo y los beneficios de la seguridad social (Oliveira y Roberts, 1993).

información pueden ser más apropiadas para indagar al respecto.

Aquella década era una época de expansión de la seguridad social²², que permitía que a los 30 años de trabajo la población de la capital del país se podía jubilar y vivir el resto de sus días con el apoyo de una pensión otorgada por las instituciones de seguridad social (IMSS, ISSSTE, PEMEX, etc...) (García, Muñoz y Oliveira, 1982). Sin embargo, en las recientes décadas el sistema de seguridad social se ha debilitado²³ y son realmente pocos los que pueden disfrutar de esta prestación en la vejez y vivir con ella dignamente.

²² En México existe un sistema de seguridad social, que se caracteriza por ser general y homogéneo en cuanto a las prestaciones de derecho público y supervisión estatal, que tiene como finalidad garantizar el derecho humano a la salud, la asistencia médica, la protección de los medios de subsistencia y los servicios sociales necesarios para el bienestar individual y colectivo. Entre otras prestaciones, como la de accidentes de trabajo y enfermedades profesionales, enfermedades generales y maternidad, guarderías, sobresalen las de invalidez, muerte, vejez y cesantía en edad avanzada. El campo de aplicación de la seguridad social alcanza solamente a los trabajadores que están afiliados al Instituto Mexicano del Seguro Social, Instituto de Salud y Seguridad Social para los Trabajadores del Estado o a algunas otras instituciones como la fuerza armada o petróleos mexicanos (Macías, *et al*, 1993).

²³ Un estudio ha encontrado que de la cifra censal de población del país en 1990, correspondiente a 81 millones 250 mil, los que son económicamente activos son 24 millones 517 mil, y los económicamente inactivos, 56 millones 733 mil. En los noventa, existe un 47% de la población económicamente activa que no está protegida por ningún plan de pensiones de retiro. En la misma situación se encuentran los trabajadores independientes, los subempleados y los desempleados del medio rural. Además de la población económicamente inactiva, las estimaciones suponen que las pensiones de vejez y retiro corresponden a la población de 60 años y más, segmento formado con 4.9 millones. De este monto el total de pensionados de 60 años y más es de 888 mil, lo que deja una diferencia de más de 4 millones de personas sin pensiones en la edad avanzada (Cano, 1993; Ham, 1993)..

La insuficiencia del sistema de seguridad social, junto con el hecho de que la mayoría de la población envejecida en la ciudad de México no ha estado incorporada a algún sistema de retiro, puesto que la mayoría de los ancianos de la capital son mujeres y es de suponer que generalmente no participaron en el mercado de trabajo, todo ello más la creciente pérdida del poder adquisitivo en las familias, la devaluación y crisis económica de las últimas décadas, permiten suponer que la población envejecida en la capital del país, aún en esa etapa de su vida, continua participando significativamente en el mercado de trabajo.

VI.2 La participación económica en los noventa

Para principios de los noventa, la población con 65 años y más, según la ENEU de 1992, tuvo una tasa de participación de 24.82% en el área metropolitana de la ciudad de México. Si examinamos la información entre géneros, se observa que las mujeres ancianas participaron con una tasa de 13.56% y los hombres de 39.68%. Cabe señalar que estas tasas de participación tanto para hombres como mujeres, aparecen más bajas en este momento que lo que reportaron algunas investigaciones sobre la década de los setenta (García, Muñoz y Oliveira, 1982). No obstante, habría que anotar que las tasas presentadas en este trabajo corresponden a las del grupo 65 años y más, y es de suponer que se están mezclando tasas de participación altas de los que comienzan en este rango de edad y tasas bajas de los muy viejos, que por cierto en las últimas dos décadas aumentaron sustancialmente. Es posible que la estructura por edad de la capital del país haya experimentado cierto envejecimiento, puesto que se

ha incrementado el porcentaje del segmento de población con 65 años y más (Véase Cuadro 4).

Si observamos la información por cohortes para el conjunto de la población residente en la capital del país, se observa que la más viejas tienen una participación económica muy inferior a las de las otras cohortes, maduras y jóvenes, sin embargo, no nos parece insignificante (Véase Cuadro 6). Esta situación puede estar sujeta a que la demanda de mano de obra por lo general pone un tope a los cuarenta años para absorber a la población de manera formal, por lo que es muy probable que estas tasas estén afectadas por el desgano de ésta población que no es buscadora de empleo porque piensa que no se lo darían por la edad. Además las tasas de participación de las generaciones mayores pueden también ser bajas, por un proceso de remplazo obligatorio por parte del sistema de seguridad social para abrir espacios laborales como respuesta a la presión de generaciones jóvenes, esto puede confirmarse con el monto de población jubilada entre los inactivos. Otra explicación puede ser que dicha población realice actividades de manera poco frecuente e irregular que para ellos mismos no sea percibido como un trabajo y por tanto no sea declarado así en el cuestionario de la ENEU. Lo cual podríamos confirmar analizando el tipo de ocupaciones que realiza la población envejecida de la ciudad de México.

CUADRO 6

Distribución de la población de la ciudad de México según sexo, grupos de edad y condición de actividad, 1992.
(porcentajes y absolutos)

Sexo/ Condición de Actividad	Grupos de edad		
	12-44	45-64	65 y +
Hombres			
Activos	71.9	85.9	39.7
Inactivos	28.1	14.1	60.3
Total	100.0 (6462)	100.0 (1337)	100.0 (431)
Mujeres			
Activas	39.8	35.1	13.5
Inactivas	60.2	64.9	86.5
Total	100.0 (6880)	100.0 (1511)	100.0 (568)
Ambos sexos			
Activos	55.3	59.0	24.8
Inactivos	44.7	41.0	75.2
Total	100.0 (13342)	100.0 (2848)	100.0 (999)

Fuente: ENEU, segundo semestre de 1992, INEGI, México, D.F. 1993.

Nota: El número de casos han sido expandidos y ponderados, quedando una muestra para 1992 de 17189.

De entre la población envejecida de la capital del país sobresale que el 60% de población masculina es inactiva, proporción que seguramente esta compuesta por jubilados o que abandonaron su actividad por problemas de salud. Mientras que del 86% de población inactiva femenina, la mayoría pudo abandonar su actividad por matrimonio y una muy menor proporción por jubilación (Véase Cuadro 6). La situación de la población económicamente inactiva se abordará en el último capítulo de este trabajo.

Si observamos en conjunto las tasas de participación de varias cohortes vemos que en la ciudad de México, existe una tendencia descendente a nivel de las cohortes, que nos muestra el tránsito laboral entre generaciones. Es decir, durante la etapa de vida adulta de la cohorte intermedia (45-64) existe una vinculación muy estrecha con el mercado laboral y en la cohorte vieja la separación de éste ámbito es muy rápida. Transición en el ámbito laboral del cual desconocemos las consecuencias sociales, familiares y personales.

El análisis de las tasas de participación, sin embargo, pueden arrojar algunos comportamientos claves si las observamos según ciertas características sociodemográficas. Por ejemplo, los jefes de hogar de la cohorte envejecida tienen una tasa de participación en la actividad económica de 43.7%, en 1992. Indicador que nos muestra como en la etapa de vida relacionada directamente con el proceso de envejecimiento hay una significativa participación en el mercado laboral seguramente

porque estos jefes de hogar todavía tienen parientes o descendencia dependiente. Esta situación en esta etapa de la vida es doblemente delicada porque, por una parte, es un segmento de población que experimenta un proceso individual de deterioro físico, principalmente, y tiene responsabilidades familiares y económicas. Pero por otra parte, esa cohorte por criterios cronológicos fue separada bruscamente de la actividad económica, puesto que hace veinte años dichas generaciones se supone tuvieron una participación que osciló alrededor del 90%.

Las mujeres ancianas jefas de hogar presentan una tasa de participación económica de 21.7%, en 1992. La mitad menor que la de los hombres de la misma cohorte. Sin embargo, para su condición social y femenina dicha participación es muy importante sobretodo por la carga familiar y económica que tienen las jefas de hogar. Situación que como se había mencionado con anterioridad, no es valorada socialmente. Las cónyuges tienen una participación de 9.8%, dicha participación puede deberse a que en esta etapa de la vida las mujeres ya no tienen hijos dependientes y pueden reiniciar su actividad económica. Las otras parientes en el periodo tienen una participación constante y realmente inferior a lo esperado, porque es posible pensar que el dato este afectado por la subdeclaración de las mujeres que habitan como otro pariente en el hogar, en esa situación es difícil captar su contribución a la economía familiar y sus actividades pueden no considerarse un trabajo. Es decir, no trabajan porque pueden tener un papel importante en el hogar, o porque existe un impedimento físico que no les permite trabajar, pero si pueden

realizar actividades para aligerar la economía familiar (Véase Cuadro 7). En otros estudios se ha mencionado la presencia de una mujer en la unidad doméstica que le permite a otras mujeres participar en el mercado de trabajo. De ahí que la presencia de algunas mujeres puede resultar fundamental en la realización de las actividades domésticas para la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo.

En cuanto a la variable estado civil, la población masculina con 65 años y más casada o unida en 1992, tenía una tasa de 45.3%, superior a la de otras categorías como solteros, viudos o separados. Esto puede ser explicado, porque existe una gran posibilidad de que estos hombres tengan que mantener una posición dentro del hogar que en gran parte depende de su papel de proveedores. Las otras categorías arrojan tasas de participación nada despreciables, por ejemplo los solteros a principios de los noventa tenían una tasa de 35%, los viudos de 20.8% y los separados o divorciados de 16.7%. Cabe señalar que en esta cohorte el estado civil no es un factor tan determinante en la participación económica de esta población (Véase Cuadro 7).

La población femenina con 65 años y más, que se encontraba casada a principios de los noventa, reportó una participación de 9.4%, explicable porque tradicionalmente esta es una cohorte que se les educó para ser amas de casa y su participación económica es casi nula. Esta población además se casó muy joven y se dedicó a los quehaceres del hogar descuidando otro tipo de desarrollo personal. Mientras que las solteras que no tenían quien viera por ellas en lo económico tienen

como única opción participar en el mercado de trabajo a un nivel de casi 28%. Las separadas o divorciadas de la cohorte envejecida mostraron una tasa de 17.2% y las viudas de 13% estas mujeres, junto con las solteras están desprotegidas familiar y socialmente, por lo que una estrategia de vida es su inserción en el mercado de trabajo. Sin embargo, hay que mencionar que de todas las categorías analizadas en el estado civil, las separadas o divorciadas y las viudas, fueron mujeres que estuvieron unidas en matrimonio por lo menos una vez, y que es probable que lo hayan hecho a muy corta edad, por lo que tuvieron que dedicarse a los quehaceres del hogar cuando tuvieron edad para prepararse, por lo que llegan a edades avanzadas sin preparación y sin un apoyo económico proporcionado por el marido o el compañero²⁴.

La cohorte de mujeres adultas, y que en los próximos años estará envejecida, también presenta niveles de participación interesantes en cuanto a la variable estado civil. Por ejemplo, llama la atención nuevamente la baja participación de las casadas (26.5%) en contraste con las viudas (41.8%), las separadas o divorciadas (58.8%) y las solteras (61.9%) que nuevamente son las que más participan en el mercado de trabajo. Hay que señalar sin embargo, que esta cohorte no mejoró sustancialmente su nivel educativo --en comparación con la envejecida-- como para tener una mayor participación en comparación con cohortes de edad más avanzada. En el caso de las

²⁴ Hay que señalar que cualquiera de estas mujeres pudo haber tenido hijos, sin embargo, en este apartado el no mencionarlos como una categoría importante en el análisis de la participación económica, no equivale a que se les ignore como una posible fuente de ayuda en la vejez.

solteras, la participación de las adultas es poco más del doble que en edades avanzadas, mientras que en las separadas o divorciadas y viudas, su participación es poco más de tres veces (Véase Cuadro 7).

La cohorte de las jóvenes es totalmente diferente según su estado civil, las que más participan son las viudas entre 12 y 44 años de edad con un 89% y las divorciadas o separadas con un 79%. Esta situación puede referirnos una estrategia de mujeres jóvenes, probablemente con hijos pequeños en el cual su principal proveedor económico se ha separado del núcleo familiar o muerto. Le siguen en orden de importancia las solteras (41.9%) y las casadas con 33.3%. Las jóvenes entre 12 y 44 años, de 1992, si han estado casadas actualmente parecen abandonar menos la actividad económica una vez contraído matrimonio, asimismo parecen postergar el nacimiento de su primer hijo, sin embargo, a comparación con las otras situaciones maritales las casadas de la cohorte joven son las que menos participan en el mercado de trabajo (Véase Cuadro 7).

Entre la población envejecida, la dependencia económica y la situación marital o familiar son variables que están fuertemente relacionadas, si las mujeres están con algún tipo de unión su participación económica desciende mientras que en los hombres casados la participación aumenta. Esta situación puede ser adversa para ambos géneros, pues si bien las mujeres están en una situación fuertemente dependiente, los hombres continúan con amplias responsabilidades aún en esta etapa de la vida.

La variable escolaridad para hombres y mujeres arroja información interesante. En casi todo el segmento de población masculina con 65 años y más, captada por la ENEU de 1992, se observa una tasa de participación muy semejante. A excepción del segmento de población envejecida con estudios de primaria completa y secundaria incompletas, los cuales tienen un nivel de participación por abajo del promedio (29.5%) de dicha cohorte. No obstante, el conjunto de ésta cohorte tiene una participación que es la mitad de reducida que la de la cohorte adulta. Al parecer es la cohorte adulta (45-64), de toda la población residente en la ciudad de México, la que plenamente esta incorporada al mercado de trabajo, puesto que de los tres grupos es la que más alta participación tiene. Esto se explica por dos razones, la primera es que la cohorte joven aún tiene población en preparación educativa que no trabaja; y la segunda, es que la cohorte envejecida ya la han separado del mercado de trabajo vía jubilación, recorte de personal u otro. Entre la cohorte adulta de hombres, es clara la diferencia entre los que no tienen estudios que participan en un 81% y los profesionales que se encuentran en el extremo con 90.3%. Los hombres de la cohorte joven participa más mientras más escolaridad tiene.

Las mujeres envejecidas de la ciudad de México, en 1992, tienen una participación, según su escolaridad, mucho menor que los hombres. Sobresale en éstas aquellas con escolaridad media superior que tienen la mayor participación (17.1%) de entre todas las mujeres activas de la capital del país con 65 años y más, situación similar con la población envejecida activa de sexo masculino. Después de

ellas otro segmento de población femenina en edades avanzadas que participa más es la sin estudios (14.9%), seguido de las profesionistas (11.8%). Las que menos se insertan al mercado de trabajo son las que tienen nivel básico y medio con 9.6% y 9.3%, respectivamente.

La polaridad en dicho comportamiento anterior puede explicarse por dos situaciones completamente diferentes, la primera puede ser que la condición social de ésta población femenina sin estudios no da a ésta otra posibilidad para sobrevivir que su actividad económica, sin embargo, dicha participación seguramente estará expuesta a relaciones de mercado donde ellas son las más vulnerables. Mientras que las profesionistas con su escolaridad tienen mayor probabilidad de trabajar aún en actividades que no requieren esfuerzo físico sino intelectual.

Al parecer el nivel de escolaridad es una característica muy importante que facilita la incorporación en el mercado de trabajo aún en edades avanzadas. Sin embargo, existen fuertes diferencias en dicho comportamiento entre hombres y mujeres. Los hombres independientemente de su escolaridad tienen una mayor participación económica, sin embargo, en las mujeres los bajos niveles de escolaridad si están determinando su inserción en el mercado. De alguna manera ellas tienen estrategias más limitadas que su contraparte masculino. Lo que parece quedar claro es que la escolaridad puede asegurar una situación estable a los ancianos(as) en el mercado de trabajo, esto les permite ser mantenidos en su fuente de empleo debido

a la experiencia laboral.

En síntesis, a principios de la década de los noventa, la participación económica de la población envejecida de la ciudad de México es significativa pero varía sustancialmente según la relación de parentesco, escolaridad, estado civil, y sexo. Sobresale la mayor incorporación de los hombres, jefes de hogar, casados y con niveles promedio de escolaridad. Las mujeres, por su parte, que participan más son las jefas o hijas de hogar, fundamentalmente solteras, separadas, divorciadas o viudas, con bajos niveles de escolaridad (sin estudios) o muy altos (medio superior o profesiones). Para los hombres es determinante en su inserción ocupacional la relación de parentesco, mientras que el estado civil y la escolaridad tienen un peso menor en dicho comportamiento. Para las mujeres, por otro lado, la escolaridad y el estado civil y la relación de parentesco, en ese orden parecieran condicionar su participación en la economía de la ciudad de México. Sin embargo, aunque menor la participación de las mujeres envejecidas, es sabido, que en países como el nuestro su papel es fundamental en la reproducción cotidiana de la población. Situación poco valorada social y familiarmente, incluso por ellas mismas.

En el conjunto de la población económicamente activa de la capital del país, los ancianos participan dentro de la economía en una cuarta parte, misma que debe valorarse y tener en consideración en la economía metropolitana y en los hogares capitalinos.

CUADRO 7

Tasas de participación económica masculina y femenina de la ciudad de México según algunas variables sociodemográficas y grupos de edad, 1992.

1992						
Grupos de edad	Hombres			Mujeres		
	12-44	45-64	65 y +	12-44	45-64	65 y +
<u>Parentesco</u>						
Jefe de Hogar	98.1	86.8	43.7	83.8	50.5	21.7
Cónyuge	88.9	70.6	16.7	33.1	25.9	9.8
Hijos	51.7	75.9	-----	37.7	72.7	40.0
Otros parientes	70.2	78.0	13.7	38.9	35.5	7.3
Otros	77.1	66.7	33.3	82.0	70.8	16.7
<u>Estado civil</u>						
Solteros	52.7	74.0	35.0	41.9	61.9	27.3
Casados o unidos	96.7	87.4	45.3	33.3	26.5	9.4
Separados o div.	86.8	79.4	16.7	78.8	58.8	17.2
Viudos	100.0	73.0	20.8	89.0	41.8	13.1
<u>Escolaridad</u>						
Sin estudios	60.4	81.0	42.5	30.8	30.5	14.9
Básico	64.1	85.9	29.5	28.7	31.4	9.6
Medio	74.8	89.1	44.7	34.4	40.1	9.3
Medio superior	80.1	89.6	46.6	56.4	43.3	17.1
Profesional o más	82.4	90.3	41.5	60.8	56.1	11.8

Fuente: ENEU, segundo semestre de 1992, INEGI México, D.F., 1993.

Nota: "Sin estudios" comprende a los sin estudios y con primaria incompleta; Nivel básico integra a los que tienen primaria completa y secundaria incompleta; Nivel medio comprende a los que tienen carrera técnica con primaria, secundaria completa y preparatoria o equivalente incompleta; Nivel medio-superior integra a los que tienen preparatoria o equivalente completa y técnico con secundaria; Profesionistas y más engloba a los profesionistas medios con preparatoria y a los universitarios y más.

VI.3 Inserción ocupacional de la población envejecida en el AMCM

A partir de las consideraciones del apartado anterior se hace necesario conocer qué rama de actividad absorbe a esta fuerza de trabajo, qué tipo de ocupaciones realizan los ancianos y qué posición tienen dentro del mercado trabajo en los primeros años de la década de los noventa.

En lo referente a la rama de actividad, la población envejecida se concentra en 1992, en el sector servicios. No obstante, hay significativas diferencias por sexo y al interior de dicho sector, esto precisa detallar con mayor profundidad en qué tipo de servicios están ubicados. Se ha dividido al sector servicios en distributivos, al productor, sociales y personales, para precisar con mayor detalle el tipo de actividad que realiza la empresa que absorbe a éste tipo de fuerza de trabajo.

Así con mayor especificidad se puede observar como el mayor porcentaje de población masculina en edades avanzadas se concentra dentro del área de servicios distributivos (29%) --que comprende a los comerciantes mayoristas y ambulantes, a los transportes y comunicaciones-- y en los servicios personales con un 20.7% -- que comprende a los que trabajan en restaurantes, servicios de esparcimiento, servicios de alquiler, reparación, aseo y servicio doméstico--. Otro segmento de población se concentra en los servicios sociales que reportan un 12.3% (administración pública y defensa, servicios médicos y servicios de educación) y la agricultura con un 12.8%, mismos que ocupan un tercer y cuarto lugar, respectivamente (Véase Cuadro 8).

El examen entre las otras cohortes para los hombres permite sugerir que el segmento de población madura de la ciudad de México, se ocupa principalmente en la industria (24.7) y los servicios distributivos (24.4%). La cohorte joven (12-44) se concentra en la rama de los servicios distributivos (30.8%) y en la industria (24.9%). En general, por el tipo de economía que tiene la ciudad de México, amplios porcentajes del total de la población masculina son absorbidos por el sector terciario. La cohorte adulta en un 67%, y la joven en un 68.2%, recordemos que la envejecida se concentra en un 69.1%. Sin embargo, en las cohortes no envejecidas la participación en la industria sigue siendo significativa, no así para los viejos. Esto se debe a que las formas de contratación en las empresas son muy rigurosas y de entrada esta población es excluida por su edad. La sociología del trabajo sugiere que dicha norma se debe para evitar accidentes laborales que pueden aumentar el costo de producción en la industria. De la misma manera, los trabajadores al llegar a cierta edad (60-65) son presionados para abandonar actividades en donde la fuerza física es importante. En ocasiones los trabajadores en edad avanzada son reubicados en actividades donde el deterioro físico no sea muy evidente, en otras más simplemente son despedidos, jubilados a la fuerza o por enfermedad son removidos de sus actividades.

La población femenina en edades avanzadas se concentra en los servicios distributivos (48.6%) y en los personales (23.5%). De tal forma que ésta población trabaja en el comercio, restaurantes, hoteles, servicios de esparcimiento, servicios de alquiler, reparación, aseo y limpieza; y en menor medida en la industria (10%). Las

mujeres, por su parte, de las otras cohortes tienen un comportamiento ligeramente diferente. Su inserción en la industria también es menor, y por igual se concentran en la rama de los servicios distributivos, seguido de los servicios sociales y personales. Además, de que en general el total de la población femenina, existe una marcada absorción por esta población en las actividades del servicio terciario (personal y distributivos), la cohorte envejecida se concentra en éste en un 90%, la adulta en un 86.8%, la joven en un 80.7. Esto puede explicarse porque la mayoría de esas mujeres en muchas ocasiones sólo saben realizar esas labores, su socialización les ha restringido su adiestramiento en otras actividades. Esto es más patente en las cohortes envejecida y adulta, la situación varía un poco en la cohorte joven, puesto que hubo una mayor influencia de las instituciones educativas en la conformación de su condición social.

En suma, la población con 65 años y más de ambos sexos, es absorbida por los servicios distributivos, personales y sociales, y en comparación con otras cohortes tienen muy poca presencia en la industria. El grado de concentración difiere por sexo, puesto que las mujeres se ubican en un 90% en tales servicios y los hombres en un 69%. Ambos mayoritariamente están en los distributivos pero el porcentaje de las mujeres es mayor (Véase Cuadro 8).

En cuanto a la ocupación, a principios de los noventa en la ciudad de México, la población masculina en edades avanzadas realiza actividades manuales en un

51.2%, seguido de ocupaciones de venta (24.5%). Esto es posible de explicar porque nuestra cohorte en estudio es población con muy baja escolaridad, sin embargo, la distribución de las otras cohortes permite observar que en realidad toda la población masculina de la ciudad de México en su mayoría realiza ese mismo tipo de actividades (agro, industria, trabajadores al servicio público, servicios personales, domésticos y operadores de transporte). Mientras que las ocupaciones de venta son porcentajes menores en las cohortes jóvenes y adultas, no así para las envejecidas. Esto permite inferir que la edad no es un impedimento para realizar actividades manuales, puesto que las tres cohortes, cuyas características hemos visto que difieren sustancialmente, tienen un porcentaje muy similar en dichas actividades manuales. Sin embargo, si es la edad un impedimento para realizar actividades no manuales, ya que las cohortes adulta y joven tienen un alto porcentaje (29.9% y 32.1%, respectivamente) y la envejecida mucho menor (22.2%).

En lo que respecta a la ocupación de las mujeres en la tercera edad, en 1992, se observa que casi la mitad de dicha población son vendedoras. Estas actividades parecen ser preferidas por la cohorte mayor, probablemente porque pueden ser esporádicas, no hay presión empresarial (es decir, de algún patrón) y dejan ganancias con poco esfuerzo físico. Una segunda ocupación son también las actividades manuales, puesto que recordemos que ellas son solicitadas para realizar trabajos de limpieza, de actividades domésticas, entre otros. La situación se presenta a la inversa en los hombres. Por otra parte, las cohortes jóvenes se concentran mucho menos en

actividades de venta y si más en actividades manuales y no manuales. Hay que mencionar que el hecho de que la población joven se concentre en mayor medida en actividades no manuales se debe a que ésta tiene una escolaridad mucho mayor en contraste con las otras dos cohortes. No sucede así para la cohorte adulta y envejecida que se concentran en actividades manuales.

Todo lo anterior permite refutar la idea de que las actividades manuales no son realizadas por población en la vejez. Existía la suposición de que el deterioro físico de las personas en edad avanzada hacía que se abandonaran este tipo de actividades, sin embargo, ésta población las sigue realizando ya sea porque su escolaridad y vulnerabilidad socioeconómica no les da otra opción. La población masculina y femenina con edades avanzadas en la ciudad de México, en la década de los noventa, sigue realizando actividades manuales aunque el mayor porcentaje se encuentra en los hombres. Las mujeres, por su parte, realizan significativamente actividades de venta. Pareciera que la relación cultural de las mujeres con el consumo doméstico las adiestrara en la compra y venta de mercancías, dándoles la posibilidad de obtener algunos ingresos de manera independiente.

Hay que señalar que el tipo de remuneración obtenida por las actividades manuales, en general, no permite abandonar este tipo de ocupaciones, tal pareciera que la situación socioeconómica de ésta población les impidiera abandonar el mercado de trabajo de manera definitiva, ellos quedan a expensas de labores mal pagadas,

esporádicas y de ínfima jerarquía ocupacional. Mientras que el papel de las mujeres en el mercado de trabajo sugiere que aún en la tercera edad, las actividades manuales de las mujeres son las tradicionalmente realizadas por el género femenino, como las labores de aseo, limpieza, cocina, costura, etc...

En cuanto a la variable posición laboral la población anciana de la ciudad de México, en 1992, se concentra como no asalariado; no obstante existen serias diferencias entre ambos sexos. Por ejemplo, los hombres de la cohorte envejecida en un porcentaje poco mayor al 50% se ubican en esta posición laboral. Situación que es absolutamente diferente en las otras cohortes que se encuentran como asalariadas en un 60.7%, la adulta, y 72.4% la joven.

Esto significa que los grupos de población con edad avanzada se ubican en trabajos donde no existe un contrato que les proteja y en su mayoría son trabajadores por cuenta propia. Para este segmento de la población tal vez también valdría la pena mencionar que el trabajo por cuenta propia puede ser una opción, pero también para algunos ancianos puede ser un refugio. No es posible generalizar las virtudes de las actividades por cuenta propia para todas las cohortes de hombres de la ciudad de México, como lo han planteado otros trabajos (Pacheco, 1994).

Otra situación que puede explicar el monto de población envejecida dedicada a las actividades no asalariadas puede ser el incremento que se ha reportado en los

últimos años y que pueden estar experimentando con mayor fuerza ésta cohorte. El aumento de las actividades no asalariadas, esta ocurriendo con el resto de la población metropolitana (Oliveira y García, 1993).

Mientras que para las mujeres envejecidas de la capital del país la posición laboral de no asalariadas es también la que prevalece en 1992, ellas se concentran con un 73.4%, veinte puntos porcentuales arriba que los hombres. Esta situación esta indicando una mayor vulnerabilidad dentro del mercado de trabajo que afecta fuertemente al género femenino. Además que puede que las actividades no asalariadas sean, como se ha expresado en algunas investigaciones (Pacheco, 1994), un refugio para éste tipo de población cuya condición femenina y social las coloca con una desventaja mucho mayor al resto de la población con 65 años y más. En contraste con las otras cohortes, las mujeres jóvenes (76.6%) y adultas (55%) se concentran en las actividades asalariadas. La diferencia porcentual puede explicarse porque las mujeres adultas en ese grupo de edad es probable que tengan hijos y una estrategia que combine los problemas domésticos de la crianza y alguna entrada monetaria puede ser realizar actividades no asalariadas (41.1%) (Véase Cuadro 8).

En general, el sector terciario en ocupaciones manuales y de venta en su mayoría como no asalariados, parecen ser los reductos para la población con 65 años y más de la ciudad de México. Es posible que en esa etapa de la vida cuando las empresas y el gobierno no contratan gente mayor, la población se ocupe como

trabajadores familiares no remunerados, por cuenta propia , entre otros. Este espacio dentro del mercado de trabajo en el cual se acomoda la población envejecida, puede ser una opción forzada en la medida de que los sistemas de seguridad social no cubren a toda ésta población y la que si lo está puede ver, con los últimos acontecimientos económicos, disminuído su poder adquisitivo y una posible opción para sobrevivir es reinsertarse en la actividad económica de la ciudad, entre otras.

CUADRO 8

Distribución porcentual de la PEA masculina y femenina de la ciudad de México clasificada según ramas de actividad económica, ocupación y posición, 1992.

1992						
Grupos de edad	Hombres			Mujeres		
	12-44	45-64	65 y +	12-44	45-64	65 y +
Rama						
Agricultura	1.7	2.1	12.7	0.1	0.9	----
Extractiva	0.0	0.1	----	0.0	----	----
Industria	24.9	24.7	12.0	18.4	11.8	10.0
Construcción	5.0	5.8	6.1	0.7	0.5	----
Servicios distributivos	30.8	24.4	29.0	25.2	28.3	48.6
Servicios al productor	6.5	6.3	7.1	8.3	6.4	8.4
Servicios sociales	12.5	18.1	12.3	25.5	25.2	9.4
Servicios personales	18.4	18.2	20.7	21.7	26.9	23.5
Sin especificar	<u>0.2</u>	<u>0.3</u>	-----	----	----	----
Total	100.0	100.0	99.9	99.9	100.0	99.9
Ocupación						
No manuales	29.9	32.1	22.2	47.3	30.9	13.6
Vendedores	17.2	16.2	24.5	20.9	30.7	51.5
Manuales	49.5	49.0	51.2	31.4	38.1	34.9
Otros	<u>3.3</u>	<u>2.8</u>	<u>2.1</u>	<u>0.3</u>	<u>0.2</u>	-----
Total	100.0	100.0	100.0	99.9	99.9	100.0
Posición						
Asalariada	72.4	60.7	34.2	76.6	55.0	25.4
Empleadoras	3.7	9.1	9.1	1.0	3.8	1.2
No asalariada	23.5	29.9	56.7	22.3	41.1	73.4
Otros	<u>0.4</u>	<u>0.3</u>	-----	<u>0.1</u>	----	----
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: ENEU, segundo semestre de 1992, INEGI, México, D.F. 1993.

VII. LA SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN ANCIANA ECONÓMICAMENTE INACTIVA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

En este último capítulo la intención es ubicar las razones por las que la población envejecida de la ciudad de México dejó de trabajar, con el objetivo de ubicar posibles factores que interrumpan su actividad económica. Otro de los asuntos es aproximarnos al conocimiento de cuáles son las fuentes de ingreso económico. La ENEU facilita información sobre estos aspectos para 1992.

En 1992, la distribución de la población económicamente inactiva de la ciudad de México con 65 años y más apunta a que la principal causa para que esta población no trabaje, es que fue jubilada (hombres) o se dedica a los quehaceres del hogar (mujeres). La población masculina con 65 años y más, en un 60.6% se jubiló según información de 1992. La cohorte adulta manifestó que en 49.9% fue jubilada, al parecer tempranamente. Las cohorte joven en un 87.7% no trabaja porque se dedica a estudiar e ahí la influencia de esta institución educativa en este segmento de la población. Entre las mujeres la situación es distinta, la cohorte envejecida no trabaja por dedicarse a los quehaceres del hogar en un 84.2%. La cohorte adulta y joven por la misma razón no trabajan en proporciones muy semejantes, 92.9% y 59.7%, respectivamente. Las mujeres que no participaron económicamente están dedicadas exclusivamente al hogar y eso les da un papel dependiente de algún otro miembro de la familia al menos con respecto a su mantenimiento económico. Mientras que los

hombres en su mayoría están jubilados por lo cual alguna vez participaron económicamente y por ello pueden estar al menos pensionados. Lo anterior se puede constatar con la siguiente información.

A principios de los noventa, la principal fuente de ingresos de la población envejecida es la pensión o que le sostiene un familiar. En los hombres con 65 años y más el 60.6% dependen de su pensión y a 34.4% le sostiene un familiar. Entre las mujeres el 81.5% le sostiene un familiar y 9.2% vive de su pensión. Esta información para el caso de la población económicamente inactiva de la ciudad de México con 65 años y más, permite describir una situación económica de franca dependencia primero hacia la institución familiar (cónyuge o hijos) y en segundo término hacia la seguridad social. Esta información nos abre nuevos campos de investigación y que en relación a la población envejecida en México no se han explorado. Además con base en la consideración de que el monto de las pensiones ha sido un tema ampliamente criticado por la sociedad civil y aspecto preocupante para los funcionarios del IMSS y del ISSSTE, principalmente, hace evidente que la población anciana en la zona metropolitana vive en franca dependencia y a expensas de la familia o de sus ingresos por pensiones. Esta reflexión se refuerza cuando vemos la proporción de la población inactiva adulta y joven, hombres y mujeres, que también depende de ambas instituciones (familia y seguridad social).

Ante la pregunta de por qué dejó de trabajar la población anciana masculina

confirmó con un 60.5%, en 1992, que fue por la jubilación. Pero mencionó también, en un segundo término, que había dejado de trabajar por enfermedad con un 20.2%. Este último indicador es el único elemento que nos orienta sobre el efecto de la salud como una condicionante en la actividad laboral (Véase Cuadro 9). Las mujeres envejecidas, por su parte, reportaron un 59%, en 1992, que habían dejado de trabajar por el matrimonio. Cabe señalar que el hecho de abandonar la actividad económica por el matrimonio, es un hecho que permite sugerir como la población femenina de cohortes viejas tradicionalmente ha organizado su vida alrededor de su familia. No hay un proyecto personal que las desarrollará individualmente y permitiera cierta autonomía económica en la vejez. Sin embargo, esta misma situación se observa en las mujeres adultas, que en menos de veinte años serán ancianas, y en las jóvenes. Por lo que es posible esperar que las futuras cohortes de mujeres envejecidas estarán en una similar situación de dependencia familiar en su sostenimiento económico.

En síntesis las condiciones de la población económicamente inactiva de la ciudad de México se manifiesta de manera diferencial entre géneros. Con una clara dependencia en general para ambos sexos y menos favorable para las mujeres con 65 años y más. Esto nos indica que su tradicional rol de género es más fuerte en algunas generaciones y las obliga en la vejez a ser población muy dependiente de sus familias.

CUADRO 9

Distribución de la población económicamente inactiva de la ciudad de México según algunas características, sexo y grupos de edad, 1992.

1992						
Grupos de edad	Hombres			Mujeres		
	12-44	45-64	65 y +	12-44	45-64	65 y +
<u>Causa para no trabajar</u>						
Incapacidad	0.2	1.6	1.0	0.1	0.3	0.7
Estudio	87.7	-----	----	39.7	0.5	0.2
Hogar	6.1	19.3	18.0	59.7	92.9	84.2
Jubilado	0.4	49.9	60.6	0.2	5.6	8.3
Otros	<u>5.6</u>	<u>29.3</u>	<u>20.4</u>	<u>0.3</u>	<u>0.7</u>	<u>6.6</u>
Total	99.9	100.1	100.0	100.0	100.0	100.0
<u>Cómo vive</u>						
Pensión	0.4	49.9	60.6	0.2	5.5	9.2
Rentas	0.1	2.5	2.1	0.0	0.8	1.1
Ahorros	0.9	7.1	2.4	0.0	0.3	1.3
Pensión por viudez	-----	-----	-----	0.1	3.0	6.9
Becado	0.7	-----	-----	0.2	-----	-----
Le sostienen	97.8	40.5	34.4	99.4	90.5	81.5
Otros	-----	-----	<u>0.4</u>	-----	-----	-----
Total	99.9	100.0	99.9	99.9	100.1	100.0
<u>Por qué dejó de trabajar</u>						
Jubilación	2.2	48.4	60.5	0.4	8.2	14.5
Enfermedad	8.1	25.8	20.2	2.6	8.0	12.6
Despido s/j	0.8	-----	-----	0.1	0.1	0.4
Recorte	3.1	3.1	-----	0.9	1.4	0.3
Quebró empresa	3.8	5.7	4.6	1.3	1.9	3.8
Huelga	-----	-----	-----	-----	-----	-----
Terminó temp.	1.0	0.5	-----	0.1	-----	-----
Terminó contrato	8.0	3.6	0.3	1.6	0.8	0.3
Matrimonio	0.8	1.0	1.3	77.5	73.9	59.0
Estudios	55.7	-----	-----	7.8	-----	-----
Insatisfacción	12.9	5.0	2.2	6.6	3.5	4.6
Cambio de domicilio	1.3	0.6	0.7	0.6	1.8	2.1
Otros	<u>2.3</u>	<u>6.3</u>	<u>10.1</u>	<u>0.5</u>	<u>0.3</u>	<u>2.3</u>
Total	100.0	100.0	99.9	100.0	99.9	99.9

Fuente: ENEU, INEGI, México, D.F., segundo semestre de 1992.

VIII. CONCLUSIONES

La situación social de los ancianos en la ciudad de México requiere más estudio y sistematización, tanto en el plano cuantitativo como en el cualitativo. En la realización de este trabajo surgió la necesidad de revisar aspectos demográficos sobre el envejecimiento de las poblaciones del mundo y ver como éste fenómeno se incorpora al debate sobre desarrollo económico. Las discusiones han sido ricas en cuanto a las posiciones encontradas y parecen orientar el pensamiento sobre políticas públicas dirigidas a esta población. A partir de lo anterior es posible concluir que el envejecimiento de la población mexicana no debe soslayarse ante el urgente requerimiento de ésta población, sino también por las consecuencias que este proceso tendrá sobre el resto de la sociedad. Por ello es importante incorporar este tema en las discusiones sobre desigualdad, pobreza y crecimiento, para con ello profundizar en el conocimiento de la heterogénea sociedad mexicana.

Se constató que el desarrollo institucional, económico y social del país ha tenido efectos diferenciales sobre las regiones del país en especial en cuanto al envejecimiento. Pero también sobre las generaciones y el género de la población mexicana. También se observó que la ciudad de México es una zona con un ritmo rápido de envejecimiento, situación que debe transformar al mercado de trabajo local.

Por otra parte, características como el estado civil, relación de parentesco,

escolaridad son variables que resultaron fundamentales en la comprensión de la condición social de la población con 65 años y más de la capital del país.

Algunos resultados encontrados en la elaboración del presente estudio permitieron ver que la población en edades avanzadas de ahora y de los próximos años que resida en la ciudad de México tendrá limitaciones en su escolaridad para hacer frente a las situaciones sociales y a las propias que vengan con su propio proceso de envejecimiento individual. Si bien la condición social de los ancianos es la más vulnerable entre toda la población de la ciudad de México, sobresale al interior la condición femenina. Las mujeres y hombres envejecidos tienen características sociodemográficas diferentes. Resalta el hecho de que la escolaridad de las mujeres es la más deficiente de entre toda la población envejecida. También el estado civil presenta situaciones aparentemente desventajosas para las mujeres, puesto que su situación en la vejez casi en su mayoría las ubica como viudas, y al ser una población económicamente dependiente en su mayoría del cónyuge, el estado de viudez las arroja a una experiencia individual que en la etapa de vejez puede ser doblemente difícil. Mientras que los hombres están casados y, aún experimentando su propio proceso de envejecimiento, tienen responsabilidades familiares y económicas. Incluso, la jefatura del hogar en las mujeres pareciera devenir con su envejecimiento muy bruscamente, mientras en los hombres desciende la jefatura ligeramente con la edad avanzada. En ambos sexos, se vive un proceso de separación con el hogar inicial ya que muchos de ellos se añaden a otro hogar, posiblemente el de los hijos u otros

parientes, situación que les puede restar jerarquía al interior del núcleo familiar.

A principios de los noventa, la participación económica de la población envejecida de la ciudad de México es significativa, sobretodo en los hombres. Generalmente participan más los jefes y jefas de hogar, los casados hombres y las solteras mujeres, y en ambos casos aquellos con una menor escolaridad. Se ubican la mayoría en el sector terciario --principalmente en los distributivos y personales--, en actividades manuales y de venta no asalariadas. Toda esta información nos permitió concluir que para alguna población envejecida de la ciudad de México, la participación económica en el mercado de trabajo es una opción ante el deterioro económico que pudo acentuarse en su etapa de vejez. Sin embargo, dicha opción es probable que sólo les permita sobrevivir cotidianamente, sin despegarse de su condición de pobreza.

En lo que respecta a la situación de la población inactiva²⁵, casi la mayoría de la población masculina dejó de trabajar por la jubilación, mientras que las mujeres lo hicieron por sus actividades del hogar. En general en ambos casos la dependencia se centra en la institución familiar y en la seguridad social. Si sabemos que la mayoría de la población envejecida de la ciudad de México es inactiva, cuál será el peso de la dependencia de esta población sobre los miembros del hogar fundamentalmente los hijos. Su situación de dependencia pone esta población, sobretodo la femenina, en

²⁵ Sería interesante aclarar con mayor precisión las preguntas relacionadas a la población económicamente inactiva en la ENEU, ya que la causa para no trabajar y el por qué dejó de trabajar pueden confundir al entrevistado.

rol muy desventajoso en la sociedad y al interior de sus familias. Situación que puede ser de subordinación familiar y social.

En todas estas características se observan grandes cambios entre cohortes. Cambios cuyas consecuencias desconocemos, mismas que pueden incentivar futuras investigaciones al respecto. En general el trabajo realizado busco contribuir al conocimiento sobre este relativo pequeño grupo demográfico: los ancianos en México, y evidenció que dentro de éste grupo segregado socialmente, son las mujeres cuya condición social y económica sugiere urgentes políticas de población. La condición social de las ancianas las ubica dentro de un marco de mayores desigualdades y discriminaciones tanto en el nivel social, como cultural y familiar.

A partir de las conclusiones anteriores es necesario estudiar aspectos relacionados con esta población con mayor profundidad incorporando fuentes exclusivas de tipo cuantitativo y cualitativo, que permitan resaltar los procesos subjetivos que devienen con el envejecimiento de la población.

IX. ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro #	Nombre del Cuadro	pág.
1	Población con 65 años y más por grandes regiones, 1950-2025 (población en millones)	25
2	México: Evolución de la población con 65 años y más, 1950-2020 (porcentajes y absolutos)	50
3	México: Población total por grupos de edad, 1950-2010 (porcentajes)	53
4	México: Porcentaje de la población con 65 años y más para todas las entidades federativas, 1950-2010	55
5	Distribución de la población masculina y femenina de la ciudad de México según algunas variables sociodemográficas y grupos de edad, 1992	71
6	Distribución de la población total de la ciudad de México, según sexo, grupos de edad y condición de actividad, 1992. (porcentajes y absolutos)	79

7	Tasas de participación económica masculina y femenina de la ciudad de México según algunas variables sociodemográficas y grupos de edad, 1992	88
8	Distribución porcentual de la PEA de la ciudad de México clasificada según rama de actividad económica, ocupación y posición en el trabajo, 1992	97
9	Distribución de la población económicamente inactiva de la ciudad de México, según algunas características, sexo y grupos de edad, 1992	101

X. BIBLIOGRAFIA CITADA

Alba, Francisco, La población de México: evolución y dilemas, México, El Colegio de México, 1977, 187 pp.

Arizpe, Lourdes, Migración por relevos y la reposición social del campesinado, Cuadernos del CES, num. 28, 1990.

Bazo, María-Teresa, La sociedad anciana, Siglo XXI, Madrid, 1990.

Beauvoir, Simone de, La vejez, Ed. Hermes, Buenos Aires, 1990.

Bengtson, Vern L., The social psychology of aging. Bobbs-Merrill studies in sociology, New York, Bobbs-Merrill, 1973, 58 p.

Benjamin, Bernard. "Consecuencias de los niveles y diferenciales de mortalidad y morbilidad para los planes de seguros y pensiones", Estudios de Población, Naciones Unidas, No. 95, Nueva York, 1986, págs. 176-185.

Boserup, E., Women's role in economic development, Londres, George Allen and Unwin, 1970.

Busse, Ewald W. "Theories of aging", en Busse, Ewald W. (ed.), Behavior and adaptation in late life, Little, Brown and Company, Boston, 1969, págs. 395.

Camposortega Cruz, Sergio. "Niveles y tendencias de la mortalidad en México, 1940-1980", La mortalidad en México, niveles, tendencias y determinantes, El Colegio de México, 1988, págs. 205-268.

Camposortega Cruz, Sergio, Análisis demográfico de la mortalidad en México, 1940-1980, México, El Colegio de México, 1992, 440 pp.

Camposortega Cruz, Sergio, "Demografía del envejecimiento de la población mexicana, 1950-2050", en Seminario sobre envejecimiento demográfico en México, México, Somede, 1993, (en prensa).

Cano, A., Perspectivas de la seguridad social en México, tesis de actuaría, ITAM, México, D.F., 1993.

Chen, Ai Ju y Jones Gavin, Ageing in ASEAN; its socio-economic consequences. Pasir Panjang, Singapore: Institute of Southeast Asian Studies, 1989. xviii, 117 p.

Chesnais, Jean-Claude, "Progrés économique et transition démographique dans les

pays pauvres: trente ans d'expérience (1950-1980)", en Population, Janvier-Février, 1985, No. 1, pp. 11-27.

Chesnais, Jean-Claude, El proceso de envejecimiento de la población. LC/DEM/G87, Serie E, 35; Santiago, Chile: Centro Latinoamericano de Demografía, 1990. 145 p.

Chun Hyon, Choe, "Envejecer con salud" (República Popular Democrática de Corea), Salud Mundial, Organización Mundial de la Salud, septiembre-octubre, 1990, págs. 14-15.

Consejo Nacional de Población, Proyección de la población de México, 1980-2025. CONAPO, México, D.F. 1989.

Corona, Rodolfo, "Características de las encuestas por muestreo realizadas en México para la medición del fenómeno migratorio", COLEF, 1991, mimeo.

Cortés, Fernando, "El mercado de trabajo urbano y la sociodemografía mexicana en la primera mitad de la década de los ochenta: algunas consideraciones metodológicas", en Memorias de la III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica en México, México, SOMEDE, 1988, págs. 1-29.

Cortés, Fernando, Enrique Hernández Laos, y Rosa María Rubalcava, "Distribución de los ingresos salariales en el sector formal de la economía mexicana", en México en el umbral del milenio, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1990, págs. 273-306.

Coward, Raymond T. and S. J. Cutler, "The composition of multigenerational households that include elders", Research aging, Sage Publications, Vol. 13, No. 1, Marzo 1991, págs. 55-73.

De Barbieri, Ma. Teresita, Mujeres y vida cotidiana: estudio exploratorio en sectores medios y obreros de la ciudad de México, México, UNAM, 1985.

Dirección General de Estadística e Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, X Censo general de población y vivienda de los Estados Unidos Mexicanos, 1990, INEGI, México, D.F.

Domingo, Lita, Maruja Milagros B. Asis, Ma. Corazón P. José. Maria Midea M. Kabamalan, "Living Arrangements of the Elderly in the Philippines: Qualitative Evidence", Comparative Study of the Elderly in Asia, Research Reports. Population Studies Center, University of Michigan, abril 1993, 52 pp.

Eshleman, J. Ross, "Marriage and families in the middle and later years" en Family, an introduction, USA, Sexta Edición, 1991, págs. 455-487.

Feldman, Jacob J. "La capacidad de trabajo de los ancianos en regímenes de mortalidad decreciente" en Consecuencias de las tendencias y diferenciales de la mortalidad, Naciones Unidas, 1987.

Furuya, Kenichi y Linda Martin, Employment and retirement of older workers in Japan, Nihon University Population Research Institute, Tokio, 1981.

García, Brígida, La participación de la población en la actividad económica; México, 1950-1970. Tesis (Maestro en Demografía), El Colegio de México; Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira, "Trabajo y familia en la investigación sociodemográfica de México", ponencia presentada en la reunión "50 años: la población en el desarrollo de México", CEDDU, El Colegio de México, 3 y 4 de diciembre de 1990.

García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, Hogares y trabajadores en la Ciudad de México, El Colegio de México y IIS-UNAM, 1988.

García Alba, Pascual y Jaime Serra Puche, Causas y efectos de la crisis económica en México, Colección Jornadas, El Colegio de México, 1984, 124 pp..

Goldman, Noreen, "Los efectos de los niveles de la mortalidad sobre el parentesco", Op. cit., N. U., 1987, págs. 79-87.

Ham Chande, Roberto, "Población dependiente en edad avanzada", Investigación demográfica en México. Memorias. México, 1980.

Ham Chande, Roberto, "Envejecimiento y el sistema de seguridad social", en Seminario sobre envejecimiento demográfico en México, Somede, 1993, (en prensa).

Hernández Angueira, Luisa, "La mujer envejeciente en su ambiente ocupacional", Homines, vol. 11, Núm. 1 y 2, 1987-1988.

Hernández Castellón, Raúl, Los problemas del desarrollo y el envejecimiento de la población: la experiencia cubana, V Conferencia Científica de Ciencias Sociales, Universidad de la Habana, 1986.

Hess, Beth B. y Markson, Elizabeth Warren, Growing old in America; new perspectives on old age. 3 ed.; New Brunswick, N.J.: Transaction, [c1985]. xv, 582 p.

INEGI, XI Censo general de población y vivienda de los Estados Unidos Mexicanos, 1990, INEGI, México, D.F.

INEGI, CONAPO, CELADE, México, estimaciones y proyecciones de población 1950-2000, INEGI, CONAPO, CELADE, México, D.F. 1983.

INEGI-CONAPO, Proyecciones de la población de México y de las entidades federativas: 1980-2010, INEGI-CONAPO, México, D.F., 1990.

INEGI, Encuesta Nacional de Empleo Urbano, segundo semestre de 1986 y segundo semestre de 1992, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, México, D.F., 1993.

Jelin, Elizabeth, "Familia, unidad doméstica y división social del trabajo, ¿qué sabemos y hacia dónde vamos?", ponencia presentada en la Conferencia Nacional de Población celebrada en México en 1983.

Karp, David A. y William C. Yoels, "Work, careers, and aging", en Hess, Beth. B. y Elizabeth W. Markson, Growing old in America. new perspectives on old age, USA, Transaction Inc, New Brunswick, 1985, págs. 275-292.

Khasiani, Shanyisa A., "The Changing Role of the Family in Meeting the Needs of Ageing Populations in the Developing Countries, with particular focus on Eastern Africa", en United Nations, Ageing and the Family, United Nations, New York, 1994, 61-65.

Keyfitz, Nathan, "Population theory and doctrine: a historical survey", en Petersen, William (Ed.), Readings of Population, 1972, págs. 41-69.

Kohli, Martin, "Ageing as a challenge for sociological theory", en Johnson, Malcom L. (ed.), Ageing and society, Journal of the Centre for Policy on Ageing and the British Society of Gerontology, vol. 3, Cambridge University Press, 1988, págs. 367-394.

Kohli, Martin, Joachim Rosenow and Jürgen Wolf, "The social construction of ageing through work: economic structure and life-world", en Johnson, Malcom L. (ed.), Ageing and society, Journal of the Centre for Policy on Ageing and the British Society of Gerontology, vol. 1, Cambridge University Press, 1982, págs. 23-42.

Kreps, Juanita Morris, Employment, income, and retirement problems of the aged. Durham, N.C.: Duke University, 1963. viii, 240 p.

Laurell, Ana Cristina, "Proceso de salud en el análisis demográfico", La mortalidad en México, niveles, tendencias y determinantes, El Colegio de México, 1988, 401-418.

Lustig, Nora Claudia, Economic crisis and living standards in México: 1982-1985. México, El Colegio de México, 1986. 72 p.

Lustig, Nora, México. Hacia la reconstrucción de una economía, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana, 1994.

Macías, E., et al., El sistema de pensiones en México, Coparmex, 1993.

Margulis, Mario, "Envejecimiento y pobreza: la movilización de los jubilados", documento presentado en la IV Conferencia Latinoamericana de Población, 1993.

Marshall, Victor W. y Kevin J. Gibson, "Managing the older worker in the new global economy", Consolidated proposal submitted to the innovations branch, employment and immigration Canada, The Canadian Aging Research Network (CARNET), february, 1993.

Martin, Linda G. y Kevin Kinsella, "Research on the Demography of Aging in Developing Countries", paper prepared for the Workshop on the Demography of Aging. Committee on Population, National Academy of Sciences, Washington, DC, December 10-11, 1992, 61 pp.

Martinelle, S. "On the causes of changes in the age structure: The case of Sweden", en United Nations, Changing Population Age Structures, 1990-2025. Demographic and Economic Consequences and Implications, Geneva, 1992, págs. 84-89.

McNicoll, Geoffrey. "Adaptación de los sistemas sociales a los cambios en los regímenes de mortalidad", Op. cit., Naciones Unidas, págs. 13-20.

Mishara, B. L. y R.G. Riedel, El proceso de envejecimiento, Ed. Morata, España, 1986.

Minois, Georges. History of old age. From antiquity to the renaissance. The University of Chicago Press, 1987, 343 p..

Montes de Oca Z., Verónica Z., "Envejecimiento y modernidad en América Latina y el Caribe: el impacto demográfico sobre la familia, la sociedad y el desarrollo", en Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela, enero-febrero, 1994a.

Montes de Oca Zavala, Verónica, "Tabla de mortalidad para el Distrito Federal, 1990", mimeo, 1994b.

Muller, María S., La población anciana de la Argentina: tendencia secular y características recientes. Cuaderno del CENEP, 20; Buenos Aires: Centro de Estudios de Población, 1982, 43 p.

Mummert, Gail Roberta, La participación de niños y ancianos en la actividad económica; el caso de una comunidad rural de México. Tesis (Maestría en Demografía) El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de

México, 1979. 114 p.

Naciones Unidas, Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, PREALC, 1988.

Naciones Unidas, Department of International Economic and Social Affairs, Economic and social aspects of population ageing in Argentina, New York, United Nations, 1991, 58 p.

Naciones Unidas, Department of International Economic and Social Affairs, The world aging situation; strategies and policies, New York, United Nations, 1985, 301 p.

Neugarten, Bernice L., "Interpretative Social Science and Research on Aging", en Rossi. Alice S., Gender and the life course, New York, American Sociological Association, Aldine Publishing Company, 1985.

Nuevo León, Universidad, La población de edad avanzada en Monterrey, Centro de Investigaciones Económicas, s.f., 41 p.

Oddone, María Julieta, "Ancianidad, contextos regionales y redes de intercambio", Serie de Documentos de Trabajo No. 27, noviembre de 1991.

Ogawa, Naohiro, Economic factors affecting the health of the elderly, Nihon University Population Research Institute, Tokio, 1990.

Ogawa, Naohiro, Population aging and household structural change in Japan, Nihon University Population Research Institute, Tokio, 1989.

Ogawa, Naohiro, Population change and welfare of the aged, Nihon University Population Research Institute, Tokio, 1989.

Ogawa, Naohiro. "Las consecuencias del cambio de la mortalidad para el envejecimiento", Op. cit., Naciones Unidas, 1987, págs. 186-195.

Okore, Augustine O.. "Efectos del cambio de la mortalidad en la niñez sobre el valor de los hijos para los padres", Op. cit., Naciones Unidas, 1987, págs. 55-63.

Oliveira, Orlandina de, "Empleo femenino en México en tiempos de expansión y recesión económica: tendencias recientes", ponencia presentada en el Coloquio "Fuerza de trabajo femenina Urbana en México", UNAM-FCPS, México, 1987.

Oliveira, Orlandina y Brígida García, "Expansión del trabajo femenino y transformación social en México: 1950-1987", en México en el umbral del milenio, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1990.

Oliveira, Orlandina de, y Brígida García, "Cambios socioeconómicos y dinámica de los mercados de trabajo en México: 1950-1992", El Colegio de México, mimeo, 1993.

Oliveira, Orlandina de, y Bryan Roberts, "La informalidad urbana en años de expansión, crisis y reestructuración económica", Estudios Sociológicos, Vol. XI, núm. 31, enero-abril, 1993.

Ortiz Pedraza, José Francisco, "El concepto de vejez, su uso en atropología física", Cuicuilco, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1992.

Ortiz Pedraza, José Francisco, Envejecimiento: programa genético o desgaste, Tesis de Antropología Física, ENAH, 1991.

Pacheco Gómez Muñoz, M. E., Población económicamente activa femenina en algunas áreas urbanas de México en 1986, Tesis de Maestría en Demografía, CEDDU, El Colegio de México, México D.F., 1988.

Palmore, Erdman, "Sociological aspects of aging", en Busse, Ewald W. (ed.), Behavior and adaptation in late life, Little, Brown and Company, Boston, 1969, págs. 33-70.

Pedrero, Mercedes, "La evolución de la participación económica femenina en los ochentas", Revista Mexicana de Sociología, IIS-UNAM, México, D.F. 1989.

Pedrero, Mercedes, "Condiciones de trabajo en la vejez", en Seminario sobre envejecimiento demográfico en México, Somede, 1993, (en prensa).

Pérez Astorga, Javier, "Mortalidad por causas en México, 1950-1980", en Bronfman, Mario y José Gómez de León (comp.) La Mortalidad en México, niveles, tendencias y determinantes, El Colegio de México, 1988, págs. 307-326.

Recchini de Lattes, Zulma, "Urbanization and demographic ageing: The case of a developing country, Argentina", en United Nations, Ageing and urbanization, 1988, págs. 167-185.

Rendón, Teresa y Carlos Salas, "El mercado de trabajo no agrícola en México. Tendencias y cambios recientes", ponencia presentada en el Seminario Mercados de trabajo: una perspectiva comparativa, tendencias generales y cambios recientes, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 23-26 de octubre, 1991, 25 págs.

Richter, Josef, "Economic Aspects of Aging: Review of the Literature", en United Nations, Demographic Causes and Economic Consequences of Population Aging, United Nations, New York, 1992.

Riley, Matilda W., "Aging, social change, and the power of ideas", en Hess, Beth. B. y Elizabeth W. Markson, Growing old in America. New perspectives on old age, USA, Transaction Inc, New Brunswick, 1985, págs. 309-327.

Schkolnik, Susana, "El envejecimiento de la población en América Latina, 1950-2025", en Chesnais, Jean-Claude, El proceso de envejecimiento de la población, Serie E, 35, Santiago, Chile, Centro Latinoamericano de Demografía, 1990.

Sennott-Miller, Lee, "Envejecer en América Latina", Salud Mundial, abril-mayo, 1990.

Siriboon, Siriwan y John Knodel, "Thai Elderly Who Do Not Coreside with Their Children", Comparative Study of the Elderly in Asia, Research Reports. Population Studies Center, University of Michigan, mayo 1993, 21 pp.

Sourcebook on aging, Chicago, Ill, Marquis Academic Media, 1977, 662 p.

SPP, Manual de Estadísticas Básicas Sociodemográficas, Vol 1, SPP, Coordinación General del Sistema Nacional de Información, México, D.F.

Treas, Judith y Barbara Logue, "Economic Development and the Older Population", en Population and development review, 12, No. 4, December, 1986, págs. 645-673.

Uhlenberg, Peter, "Death and the Family", en Skolnick, Arlene et al, Family in Transition, Little, Brown and Company, 1989.

United Nations, The Sex and Age Distribution of the World Populations, 1992, New York, 1993.

United Nations International, Conference on Ageing Populations in the Context of Urbanization, Sendai, Japan, 1988 Ageing and urbanization; proceedings of the.... New York, United Nations, 1991, 461 p..

United Nations, Estimates and projections of urban, rural and city populations, 1950-2025: The 1980 assessment, 1982.

United Nations, Statistical yearbook, 1981, New York, 1983.

United Nations, World population trends and policies, 1979 monitoring report, volume II, USA, 1980.

Wortham, R., "Population Growth and the Demographic Transition in Kenya", International Sociology, vol. 8, number 2, june 1993.